



Gustavo Martín  
Garzo La rama que  
no existe



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

Nota del autor

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

El narrador de esta historia es un profesor de ciencias en un instituto de secundaria. Lleva una vida de lo más anodina: sin alicientes artísticos, ni casi vitales, aunque con grandes dotes para la observación.

Todo cambia cuando conoce a Claudia, la enigmática nueva profesora de literatura que ha llegado a su instituto, de quien se enamorará perdidamente, y poco a poco irá conociendo lo que se esconde detrás de tanto misterio.

A esta amistad se sumará la figura de Blanchard, un pintor especializado en el dolor físico pero incapaz de pintar. Entre los tres formarán un triángulo imperfecto en el que uno cuida de otro, manteniendo así un difícil equilibrio vital.

# LA RAMA QUE NO EXISTE

Gustavo Martín Garzo

Ediciones Destino

*Ramas entrelazadas,  
¿Por qué vivir si desapareceréis un día?*

LUIS CERNUDA, *No es el amor quien muere*



Conocí a Eduardo Blanchard en un tiempo ya remoto de mi vida. Vivía en una casa solitaria en Caviedes, una pequeña población situada en la comarca de la Costa Occidental de Cantabria. Fue Claudia Serra, una amiga de entonces, quien me lo presentó una tarde en que paseábamos por la pequeña carretera que lleva a Rioturbio. Era un día claro y, en la distancia, se veía el edificio modernista de la Universidad de Comillas y, más al fondo, el mar. Caminando por esa carretera, en dirección contraria a la nuestra, vimos aparecer a un hombre. Claudia y él se conocían y, después de saludarla con un beso, se rio de las sucesivas prendas que llevaba puestas a causa de la humedad. Era uno de esos hombres altos y curtidos a los que no parecen afectarles las inclemencias del tiempo. Claudia me lo presentó diciéndome que era Eduardo Blanchard, el pintor. Había oído hablar de él y sabía que vivía por esa zona, pero poco más. Yo daba clase de ciencias naturales y en ese tiempo sólo me interesaba por mis animales y mis plantas. Estuvimos hablando un rato y enseguida se despidió de nosotros. Claudia lo había conocido en Comillas a comienzos de curso. Había sido un pintor muy conocido en la década de los setenta, pero vivía desde hacía años en un caserón aislado del mundo, sin apenas contacto con nadie. Le pregunté si había visto sus cuadros, y me dijo que sí. Están llenos de dolor, añadió. Miraba su cara saturada de claridad, sus ojos grandes, su rostro sereno y grave y, algo molesto por el interés que mostraba por el hombre que acababa de conocer, le dije que estaba harto de esos genios que sólo se ocupaban de las amarguras y las penas de la vida. ¿Acaso no había en el mundo otras cosas? No, no las hay, me contestó Claudia con una sonrisa triste. La vida sólo es una sucesión de suicidios, divorcios,

promesas incumplidas, niños malogrados. No sabía si estaba hablando en serio o si lo pensaba de verdad.

Seguimos caminando mientras mi mirada se adentraba en los terrenos tapizados de hierba y en las sombras de los bosques que ascendían desde el fondo del valle. Le dije que tenía que ser duro vivir solo en un lugar como aquel, especialmente durante los inviernos; Caviedes era un pueblo con apenas doscientos habitantes, situado junto a una zona boscosa de gran belleza, pero extremadamente sombría y húmeda. No es tan mala idea, si lo piensas, me contestó Claudia. Es más fácil vivir solo en la oscuridad que arrastrar a otras personas contigo.

Y supe que, a pesar de la diferencia de edad, aquel hombre le atraía.

Antes he dicho que Claudia era una amiga de entonces, pero no es del todo exacto: estaba secretamente enamorado de ella. Nos habíamos conocido ese curso en el Instituto de Enseñanza Media de San Vicente de la Barquera. Ella acababa de sacar la plaza, y llegó a comienzos de curso. Aún recuerdo su confusión al entrar por primera vez en la sala de estudio. Llevaba en las manos un libro que no dejaba de manosear y se quedó esperando en la puerta como esas adolescentes sensibles que creen que podemos adivinar sus pensamientos sólo con mirarlas. El sol entraba a raudales por las grandes ventanas del patio y ella se volvió para mirarme. Estaba llena de luz, pero había en su cara una zona que la luz no tocaba. ¿De dónde sales, criatura mía?, pensé.

Claudia leía mucho, casi siempre literatura francesa, lengua que conocía a la perfección. Se pasaba casi todo el tiempo en la biblioteca preparando las clases o corrigiendo los exámenes de los chicos. Era una buena compañera y siempre estaba dispuesta a quedarse en el instituto el tiempo que hiciera falta, mas había en ella un poso de tristeza, una amargura que hacía pensar en algo oculto de lo que no quería o no podía hablar. Algo que llevaba con ella como una herida que no se cerraba. No soy buena persona, me dijo una tarde cuando ya teníamos confianza. Te equivocas, le contesté, en el instituto todos te adoran. Era verdad, y a pesar de su timidez, enseguida se había ganado el cariño de alumnos y compañeros.

Claudia alquiló una casa en las afueras de Trasvía, una localidad del municipio de Comillas. Era una casa solitaria, en lo alto del acantilado, desde la que se veía la playa de Oyambre con sus dunas y sus prados interminables. Le gustaba pasear por los arenales que circundan la ría. Curso arriba hay una

zona de marismas sembrada de árboles muertos, troncos secos de eucaliptos que emergen de las aguas tranquilas. Es el refugio de numerosas especies de aves acuáticas que, a comienzos de otoño, buscan zonas de reposo en su viaje migratorio hacia el sur. Claudia y yo nos internábamos con frecuencia en la zona para observarlas. Enseguida me di cuenta de que era una de esas mujeres que nunca se quedan mucho tiempo en el mismo lugar, que un buen día se van sin decir nada, silenciosamente, como lo hacían aquellas aves al llegar el invierno.

Y, en efecto, sólo permaneció con nosotros hasta que el curso acabó. Es una manera de hablar, pues Claudia apenas se relacionaba con nadie fuera del instituto. Vivía sola y acostumbraba a bajar a Comillas cada semana en su pequeño coche, un Clio de color rojo. Tras hacer las compras, se sentaba en una cafetería llamada Los Castaños situada en un primer piso, sobre la plaza del Corro. Casi siempre con un libro, junto a los grandes ventanales, mientras en el exterior la lluvia caía sobre la plaza haciendo brillar las piedras.

Tras nuestro encuentro con Blanchard, la invité un sábado a cenar para celebrar mi cumpleaños. Venía vestida con una falda de pana negra y un fular azul, que resaltaba la blancura de su cara. Me contó que, antes de coger el coche, había visto, en uno de los prados cercanos a su casa, un grupo de ovejas en la niebla. Al pasar por su lado, habían levantado la cabeza para mirarla y aquello, no sabía por qué, la había conmovido. Esa mañana había coincidido con unas alumnas paseando por la playa de Oyambre y le habían planteado entre risas una adivinanza. «Algo, no sé qué, / que nace no sé cómo, / y duele no sé por qué.» ¿Sabía yo qué era? Le contesté que no. El amor, me dijo riéndose como una alumna más. Estaba muy guapa esa tarde, como si se hubieran juntado en ella todas esas perfecciones que raras veces se vuelven a juntar. Rebuscó en su bolso y sacó un paquetito, primorosamente envuelto: mi regalo de cumpleaños. Lo abrí disimulando con dificultad la emoción. Era una libreta de pastas azules.

No cesaba de llover y el viento agitaba en la plaza los toldos y las ramas

de los castaños, ennegrecidas por la humedad. Las lámparas redondas y blancas del café se reflejaban en los oscuros cristales, y casi invisibles, detrás de esos reflejos, se vislumbraban las fachadas de las casas de enfrente. En la televisión se veía una mujer joven tocando el piano, y Claudia permaneció un rato en silencio escuchándola. Había apoyado los codos sobre la mesa, y su cara reposaba entre sus manos abiertas, en una postura que repetía con frecuencia. Tenía otros gestos como ese. Toquetearse el borde de la falda, inclinar levemente la cabeza sobre su hombro izquierdo, llevarse los dedos al lóbulo de su oreja izquierda para jugar con su pequeño pendiente. Cuando explicaba las lecciones solía poner su mano izquierda hacia atrás, a la altura del hombro, con la palma extendida, lo que divertía a sus alumnos. Me dijo que su exmarido era músico y solía tocar con frecuencia esa misma pieza, el *Rondó en A menor* de Mozart. Y le había bastado con oír sus notas para volver a percibir el débil aroma de los ramos de flores que una mujer vendía en la misma calle donde habían vivido.

No sabía que se había casado y aquella confianza inesperada me causó dolor. Claudia me tomó de la mano en un gesto maternal, como si quisiera protegerme de sí misma, de sus recuerdos. Me dijo que su marido y ella se habían separado hacía dos años y que desde entonces no habían vuelto a verse. La libreta azul estaba sobre la mesa y ella la tomó y estuvo pasando las hojas. Me contó que en un libro de Patrick Modiano, que había leído esos días, había una libreta como esa. El protagonista iba anotando en ella todo lo que tenía que ver con una misteriosa muchacha que acababa de conocer: cómo iba vestida, dónde se veían, el nombre de los cafés que frecuentaban y de las calles por las que paseaban. En ese libro se decía que las personas que hemos sido en el pasado continúan vivas hasta el final de los tiempos.

¿Y quieres que yo haga lo mismo contigo?, le pregunté. ¿Que hagas qué? Apuntar en esta libreta todo lo que haces. Se rio con ganas. No, ¡qué horror! Sería la libreta más insulsa del mundo. Permanecimos un rato en silencio y, por salir del paso, le pregunté cómo había conocido a Blanchard. Habían

coincidió en la cola de un concierto que daban en la iglesia de Comillas. Estaba justo detrás de ella y al ver el libro que llevaba, una novela en francés, se habían puesto a hablar de Francia y su cultura. En ese momento, no sabía quién era. Tendría unos sesenta años, pero seguía siendo un hombre atractivo, de maneras varoniles y apacibles, uno de esos hombres que gustan a las mujeres sin proponérselo. Luego, al entrar en la iglesia, se separaron. Blanchard se sentó al otro lado del pasillo y ella lo hizo unas filas delante. Durante el concierto le sorprendió mirándola varias veces, pero cuando, al terminar, volvió la cabeza para buscarlo, su silla estaba vacía. Unos días después vio su fotografía en el periódico. Un conocido crítico de arte daba una conferencia sobre la obra de Blanchard en el Ateneo de Santander, y el periodista hablaba de su retiro en Caviedes y del fallecimiento de su mujer a comienzos de otoño. También decía que hacía años que había dejado de pintar. Y supo que el hombre que había conocido en el concierto era Eduardo Blanchard, el pintor.

Volvieron a encontrarse en el pueblo unos días después. Hablaron de la pobre interpretación de los músicos, de aquel clima lluvioso y de la monotonía con que transcurrían los días. Blanchard le dijo dónde vivía y que fuera a verle cuando quisiera. No necesitaba llamarle, apenas salía de casa. Soy el guardián de los montes, le dijo señalando con las manos la niebla que todo lo cubría. Esa misma semana, en un viaje que hizo a Santander, Claudia buscó en una librería algún libro sobre él. Era familia de María Blanchard, la gran pintora cántabra que participó en los movimientos vanguardistas de principios del siglo XX. Eduardo Blanchard había conocido una época de esplendor en los años sesenta, para luego desaparecer poco a poco. Aun así, su obra estaba en los museos más importantes del país. Sus cuadros, poblados de personajes solitarios en actitudes cotidianas, como el aseo o la lectura, poseían una atmósfera de ensoñación y misterio.

Se enteró de que en el museo de Bellas Artes de Santander había dos cuadros suyos y Claudia fue a verlos. En uno de ellos, de grandes

proporciones, se veía a un niño haciendo señas a una amiga extremadamente pálida que lo miraba desde una ventana. La ventana estaba al borde de un precipicio y el niño parecía estar bailando sobre un saliente en el borde opuesto. Y Claudia se fijó en que la niña que lo miraba era jorobada. Era un cuadro juvenil, muy influido sin duda por la obra de su tía y la estética del cubismo. Le llamó la atención su título: *Sólo entre almas separadas cabe el amor*. En el otro cuadro, de tamaño más pequeño, se veía una casa con las ventanas iluminadas en la noche. Una casa en un bosque, rodeada de sombras. Del alero del tejado colgaban varios cestos de helechos oscuros como nidos, y un poco a la izquierda había un tendedero de ropa. Más allá estaba el bosque impenetrable. Y asomando entre los troncos negros había una cierva. Una cierva que miraba fijamente las ventanas iluminadas. Tenía una herida en su flanco, y la sangre formaba en el suelo un pequeño charco de color rojo.

Luego, ya en casa, hojeando los libros que había comprado, Claudia vio que ese tema, el de la deformidad y el de los cuerpos heridos, se repetía con frecuencia en su obra, aunque tratado siempre de una forma casi imperceptible, hasta el punto de que si no mirabas los cuadros con atención apenas reparabas en las pequeñas anomalías de los cuerpos. Miembros levemente desproporcionados, ojos vagos, cuerpos en posturas extrañas, rostros de facciones hinchadas, pequeñas amputaciones, el trozo de una oreja, la ausencia de un dedo, convivían con naturalidad con la delicia y el misterio de los cuerpos juveniles, como si en el esplendor de aquellas muchachas, pues casi todas eran figuras femeninas, hubiera siempre algo oscuro y doloroso que comprender.

También me contó que, desde su casa, solía ver a lo lejos, a un hombre merodeando por la ría. El inmenso arenal se internaba cerca de cuatro kilómetros hacia el poniente, mudando de aspecto según el capricho de las mareas. Cuando eran altas, el agua anegaba grandes extensiones de terreno; y en bajamar quedaban al descubierto arenales y llanuras intermareales por donde deambulaban distintas especies de aves en busca de comida. Una tarde



Claudia se dio cuenta de que el misterioso hombre que dejaba su coche junto a El Pájaro Amarillo, el chiringuito de la playa de Oyambre, y se internaba por los arenales y la floresta para iniciar su obsesiva búsqueda no era otro que Blanchard.

Había dejado de llover cuando Claudia y yo salimos del pequeño restaurante en que habíamos cenado. Estaba anocheciendo y una capa densa de nubes negroazuladas cubría la ciudad. De las montañas se elevaban columnas de bruma, como si los árboles estuvieran ardiendo. Era la hora de las cosas abandonadas. Una ráfaga de viento hizo desprenderse infinidad de gotas de las plantas de un balcón que cayeron sobre nosotros como una lluvia repentina, lo que hizo a Claudia buscar mi cuerpo temblando de frío. Entramos en una cervecería cercana, decorada con motivos marineros. Me acerqué al mostrador a pedir dos cervezas mientras Claudia se sentaba a esperarme. No se había quitado el abrigo, y el pelo húmedo daba a su cara un aire de luminoso extravío. Casi en el centro de la frente tenía una pequeña cicatriz, la marca dejada por un objeto punzante una tarde de su infancia. La lluvia volvía a arreciar en la calle y oíamos el ruido de las gotas contra los cristales como el golpear de manos diminutas. Claudia puso la suya sobre la mía. ¿Te has fijado, murmuró, que la gente ya no se mira al hablarse? La espuma de la cerveza había dejado sobre sus labios un rastro blanco, que se limpió con la punta de la lengua. Aquel cuadro de los dos niños ante el precipicio, continuó, le había recordado algo que le había pasado de niña. Tenía diez u once años y, al ir al colegio, empezó a notar que un chico la miraba. Era el recadero de la tienda de ultramarinos que había junto a su casa. No se limitaba a mirarla sino que a veces la seguía hasta la puerta del colegio. La adelantaba para esperarla unos metros más allá, inmóvil sobre la bicicleta, pues era capaz de permanecer en equilibrio sobre las ruedas sin caerse. Hasta que lo reclamaban desde la tienda y se alejaba con fuertes pedaladas. Y ella empezó a esperar

ese momento. Es más, le gustaba demorarlo andando con lentitud o deteniéndose ante los escaparates aparentando interés por lo que había en ellos. Era como si supiera siempre lo que tenía que hacer, frente a ella que no sabía nada, como si llevara escrito un camino dentro de su cuerpo. Pero un día el chico no apareció. Tampoco lo hizo al día siguiente, ni al otro, y una semana después fue un chico nuevo el que empezó a repartir los recados. Se enteraron de que un camión había matado al otro en la carretera. Y empezó a tener miedo. Miedo a la oscuridad, a la gente con que se cruzaba en la calle, a los árboles y los animales cuando iba a los parques. Cuando se enamoró por primera vez esos miedos se intensificaron. Tenía que llamar al chico a todas horas, porque pensaba que algo malo le iba a pasar. Se despedían y, al llegar a casa, corría a llamarle para ver si estaba bien. El amor era indisociable del miedo. Miedo a no saber qué te pediría, si se lo sabrías dar o no. Miedo a qué le pedirías tú.

Empezamos a vernos con frecuencia. Quedábamos en Los Castaños, al acabar las clases, y bajábamos a pasear a la playa de Comillas. A Claudia le gustaba quedarse mirando pensativa el horizonte mientras yo le hablaba de los ciclos de las mareas y de las nubes que predecían la lluvia. A menudo se acercaba a mí, buscando la proximidad de mi cuerpo, como suelen hacer las parejas. No me engañaba respecto al significado de esos gestos afectuosos. Compartimos muchos momentos de intimidad, pero sabía que no me amaba, y que todo lo que intentara por conseguir que lo hiciera sería inútil.

Claudia tenía un amigo, Óscar de la Serna. Habían crecido en la misma ciudad y se conocían de los tiempos del instituto, al que habían ido juntos. Acababa de separarse cuando volvieron a encontrarse en Madrid. Era socio de una agencia de publicidad que llevaba las campañas de importantes marcas comerciales. Visitaba a Claudia en su retiro de vez en cuando y, en las vacaciones, hacían viajes juntos. Eran muy distintos y apenas compartían gustos o inclinaciones, lo que hacía que su relación careciera de los conflictos propios de las parejas que se empeñan en compartirlo todo. Me lo presentó una tarde que coincidí con ellos en San Vicente de la Barquera. Yo había bajado al pueblo a hacer unas compras cuando vi a Claudia haciéndome señas desde la terraza de un café. Estaba en compañía de su amigo y me invitaron a sentarme con ellos. Empezaba a hacer bueno y habían puesto las mesas en plena calle, como acostumbraban en la temporada de verano. Las aceras eran un hervidero de gente y varias familias se agolpaban ante una heladería cercana. Fue Óscar quien llevó el peso de la conversación. Hablaba de un anuncio que acababan de hacer para una importante marca de coches. La idea

se le había ocurrido a él. No se te pase por la cabeza pedirle que te la cuente, me dijo Claudia riéndose. No hizo falta porque, al momento, Óscar se puso a hacerlo.

Claudia se levantó para ir al baño. El café estaba en la otra acera y la vimos cruzar la calle. Llevaba una falda muy leve que se pegaba a sus muslos al andar, y su melena negra se derramaba sobre los hombros en una marea de rizos suaves. No veas cómo folla, me dijo inesperadamente Óscar al tiempo que me daba con el codo. Le miré sin saber qué decir, paralizado por aquella confianza tan masculina y por su turbadora vulgaridad. Se le veía con ganas de hablar y temí que fuera a entrar en innecesarios detalles acerca de su vida sexual con Claudia. Pero cambió bruscamente de tema. ¿Cómo la ves?, me preguntó. No sabía a qué se refería. Me contó que su hijo había muerto en un accidente y que el coche lo conducía ella. Una leve brisa hacía temblar los manteles blancos y los vermús brillaban en los vasos de cristal. Claudia había intentado suicidarse meses después. Fue en un hotel, ingiriendo un montón de tranquilizantes. Pero lograron localizarla a tiempo. Su marido y ella se separaron poco después. Sucedió en muchas parejas cuando perdían a un hijo. La vida en común se transformaba en un infierno pues se culpaban mutuamente de lo que había pasado.

Una bruma luminosa se alzaba sobre los tejados de las casas y la brisa hacía temblar las hojas de los árboles. Óscar se quedó callado, esperando mi reacción. Pero yo permanecí en silencio, sin querer saber nada más. Sólo oía el ruido de los platos y las tazas de los camareros al servir las mesas. Recordé una canción que había oído una vez: ¿Qué es la vida sino una danza entre tumbas? Claudia no tardó en regresar. Se había comprado un helado y nos lo tendió sonriendo para que lo probáramos. Nos miraba con los ojos muy abiertos, como alguien que entrega cuanto tiene sin pedir nada a cambio. Alguien que no sabe guardar lo que es, que siempre espera que sean los otros quienes lo hagan en su nombre. Le habló a Óscar de nuestras andanzas por la ría para contemplar las aves, de los troncos de los eucaliptos y de las aguas

quietas en que se reflejaban. Tenemos que volver los tres, dijo. Sus ojos brillaban con intensidad, y me di cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por disimular su tristeza. Un grupo de gorriones se posó a nuestro lado para coger las migas del suelo. Lo hicieron piando ruidosamente y no tardaron en levantar el vuelo. Claudia les siguió con la vista mientras se perdían en el aire. La luz iluminaba su cabeza y su garganta desnudas. Era la luz del agua quieta de la ría, la luz de los árboles negros, la luz de las rocas bañadas por el mar. Óscar se inclinó sobre ella y le dijo algo al oído que le hizo sonreír. Aquel gesto de intimidad me turbó. La imagen de Claudia gimiendo en sus brazos me resultó tan dolorosa que me levanté de la mesa con la excusa de que me iban a cerrar las tiendas. Me hicieron prometer que volvería al terminar, pero no lo hice. No sabía qué pensar de ella. ¿Qué quería de mí, por qué desde su llegada al instituto, y en las pausas de las clases, me buscaba? La mayoría de las veces no hablábamos, no nos decíamos nada. Permanecíamos en silencio como esos viajeros que coinciden en los asientos contiguos de un tren y apenas se miran por temor a ir a molestar al uno al otro. No se ama si no se tiene miedo, ¿por qué había dicho eso?

El supermercado estaba casi vacío y fui buscando en sus estantes lo que necesitaba. Pasé por la zona infantil. Allí estaban los productos que precisaban los niños en sus primeros meses: pañales, jabones y colonias, cremas para sus pieles delicadas, toallitas higiénicas, papillas y leches maternales en sus envases delicados, concebidos para agradar a las madres. Pero el mundo de los recién nacidos no era aquel mundo de rostros despreocupados que irradiaban felicidad, sino un mundo de despojos, excrementos, noches en vela y temores infundados, un mundo presidido por la incertidumbre donde con frecuencia madres y bebés eran desgraciados. Me pregunté por la desesperación que había llevado a Claudia a intentar quitarse la vida en la habitación anónima de un hotel. ¿Lo volvería a intentar? ¿Por eso vivía separada del mundo, porque seguía pensando en hacer algo así? Vi toda la escena. Su ausencia del instituto sin que mediara justificación alguna, y

cómo esa falta se repetía al día siguiente, y al otro, hasta que, alarmados por su silencio, alguien decidía ir a su casa y descubriría su cuerpo. No, ese alguien no podía ser yo.



Ese lunes, al entrar en el instituto, fue a ella a la primera que vi. Estaba hablando con el bedel y me saludó desde lejos con una sonrisa. En la cafetería, a la hora del almuerzo, me preguntó qué me había parecido Óscar. No supe qué decirle. Vaya, no digas más, continuó. Ya veo que no te ha caído muy bien. El sol entró por la ventana, iluminando las mesas que parecieron abrirse de repente como grandes flores. Es un buen amigo, créeme. Se ocupó de mí en una época en que fui muy desgraciada. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, que dejaba al descubierto su frente. La pequeña cicatriz que tenía sobre su ceja izquierda me hizo pensar en alguien poniendo allí su dedo y presionando con la uña. Estaba inclinada sobre la mesa, con la espalda levemente curvada, como si cargara un peso invisible, igual que las jorobadas de Blanchard. Me preguntó si el rato que habíamos estado solos Óscar y yo me había contado algo de ella. Negué con la cabeza, sin poder ocultar mi nerviosismo. No quería hablar de su hijo, saber lo que había pasado en aquel hotel. Sonó el timbre anunciando el comienzo de las clases, y Claudia se despidió de mí. Quedamos en vernos esa tarde en Comillas.

Pero la esperé inútilmente en Los Castaños hasta que se hizo de noche. En la iglesia había un funeral, y la gente se agolpaba a la puerta cuchicheando. La fallecida era un anciana del pueblo. Claudia la conocía y solía detenerse a hablar con ella. Una tarde en que nos vio bajar juntos de la cafetería le preguntó si yo era su novio, lo que a Claudia le hizo sonreír. La anciana se pasaba las horas muertas en aquel banco. Era todo lo que hacía: salir un rato de casa y sentarse en la plaza a ver a la gente pasar. No daba la lata a nadie, apenas existía, y sin embargo la muerte había creído conveniente ir a buscarla.

Nadie se libraba de ella. ¿Visitaba ya por las noches la casa de Claudia, se paseaba por los cuartos buscando qué llevarse mientras ella dormía? Quería las cosas de los vivos, sus posesiones, sus recuerdos, sus sueños, todo lo que resplandecía. Pensé en Óscar, y en que era él quien la había salvado. No, Claudia no tenía razón, Óscar no me disgustaba. Disfrutaba protegiéndola, sintiendo que le pertenecía, como si en el fondo no fuera tan distinta a aquel coche del que había hecho un anuncio. Pensé en todos esos hombres atractivos y un poco simples que hacían las delicias de las mujeres, aunque fueran inferiores a ellas. En ese mundo falso que levantaban para complacerlas, de cenas en cálidos restaurantes, de anillos escondidos en ramos de flores, de bailes bajo la luz de la luna, de promesas que no se podían cumplir. Nada de lo que les ofrecían era real, ¿por eso les gustaban?

Esa misma noche recibí una llamada de Claudia para disculparse por no haber acudido a la cita. Su voz sonaba cansada y pastosa, como si se hubiera tomado algo para dormir. ¿Estás bien?, le pregunté. Sí, me dijo, no te preocupes. Ya estaba en la cama cuando volvió a sonar el teléfono. Era Claudia de nuevo. Ven, me suplicó. No sé qué me pasa. Cogí el coche y tomé la carretera de la costa. Pensar sin descanso ni verdadera esperanza, ¿era eso la vida?

Mientras conducía, me acordé de una tarde en que Claudia y yo visitamos a Blanchard en su casa de Caviedes. Ella le preguntó por la razón de que en sus obras aparecieran con tanta frecuencia seres deformes o heridos. Todos estamos heridos, ¿no crees?, le contestó. En el salón había uno de sus cuadros. Se veía en él a un chico y una chica en un acantilado junto al mar. El chico se balanceaba de una rama, mientras ella le miraba sentada contra el tronco del árbol. La rama, delgadísima, colgaba sobre el borde de un acantilado y abajo se veía el mar azul. Ni el chico ni la chica parecían conscientes del riesgo que corrían, pues la rama se podía romper. Claudia se lo comentó a Blanchard y este le dijo que en nuestro interior nada era una locura, sólo desde fuera lo parecía. Además, eran bellos e inocentes, ¿por qué iban a tener miedo? El cuadro se titulaba *La rama que no existe*. Blanchard le dijo a Claudia que era un verso de Cernuda. Hablaba con ella como si yo no estuviera en la casa o se hubieran olvidado de mí. Una hoja cuya rama no existe, un mundo cuyo cielo no existe, una pregunta cuya respuesta nadie sabe, eso era deseo.

Cuando llegué a Travía Claudia se encontraba mejor. Era la primera vez que visitaba su casa. Constaba de una amplia sala, que integraba la cocina, el comedor y el salón, y un par de dormitorios. Las ventanas de atrás daban a los acantilados y se oía el rumor del mar contra las rocas. Me ofreció una taza de té. Siento haberte hecho venir, me dijo somnolienta. Si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña, le contesté en tono de broma. Claudia sonrió y me tomó de la mano. La tenía helada, como si acabara de venir del mar.

Me habló de la crisis de angustia que acababa de sufrir. Hablaba lentamente, con la voz pesada de los sueños, a causa de los tranquilizantes. Le había sucedido otras veces. Se sentía separada de sí misma y temía perder el control, morirse o enloquecer. Todo le parecía irreal, como si no hubiera en el mundo ningún lugar adonde ir. Fui a por más té y, al regresar, se había quedado dormida sobre la mesa. La ayudé a levantarse. Apenas se sostenía en pie. No sabía cuál era su dormitorio. Había dos puertas y acerté al inclinarme por la primera. La cama estaba frente a una ventana por la que entraba el resplandor lejano del mar. Claudia aún llevaba puesta la ropa de calle y le quité el vestido con cuidado para que pudiera descansar mejor. También le quité las medias y el sujetador, que dejó una marca sobre su espalda. Al ir a acomodarla en la cama, uno de sus pechos fue a parar a mi mano, y lo retuve en el cuenco unos segundos. Lo suave y lo bueno ¿de dónde vienen?

Todo en la casa parecía estar como el primer día, cuando Claudia la alquiló. Sólo los libros y discos que había sobre mesas y sillas revelaban su presencia en aquel lugar. Coloqué los libros, recogí las tazas y los platos

sucios, la ropa que estaba por el suelo, y fregué y ordené la cocina. Cuando Claudia se levantara por la mañana no quedarían huellas de lo que había pasado esa noche. Me fijé en dos fotografías enmarcadas que había en el aparador. En una de ellas, se la veía en la playa, reteniendo entre sus piernas a un niño de meses; en la otra, se veía a ese mismo niño, pero con tres o cuatro años apoyado en el tronco de un árbol. Regresé al cuarto de Claudia para ver si dormía. Un resplandor plateado que venía del mar iluminaba su cara y su brazo desnudo que reposaba sobre las mantas. Me acerqué a la silla y tomé del respaldo el sujetador. Pasé la yema de los dedos por el interior de sus copas, que parecían cubiertas por un polvo muy suave. Me acordé del poema de Cernuda que Blanchard nos había recitado. Una pregunta cuya respuesta nadie sabe, eso era el deseo. Volví a salir del cuarto sin hacer ruido, protegiendo sus sueños. ¿Esos sueños cómo serían? ¿Se encontraría en ellos con su hijo muerto?

La luz dorada de la lámpara bañaba la tarima del suelo. Una casa de oro para albergar el dolor, ¿por qué el mundo era tan absurdo? Me acerqué a las fotografías enmarcadas para ver al niño. Era su hijo, pero ¿cómo había muerto, por qué se sentía culpable? Jamás me había hablado de aquello y tuvo que ser su amigo publicista quien lo hiciera. Óscar estaba cansado de cuidarla y me estaba pidiendo que ocupara su lugar. Por eso me había contado que había intentado suicidarse. Incluso aquella alusión a su activa sexualidad parecía ser un reclamo, como si quisiera decirme que aceptar el encargo de cuidarla tenía sus secretas compensaciones. Quería escapar cuanto antes en el flamante coche de su anuncio. Todos se alejaban de los seres desgraciados.

El niño estaba abrazado a un árbol inmenso, abarcando con sus bracitos una parte mínima de su tronco. Era uno de aquellos olmos centenarios que tanto abundaban en las plazas de los pueblos y a cuya sombra se reunían los vecinos al atardecer. Estaban desapareciendo a causa de la grafiosis, una enfermedad originaria del este de Asia que se había extendido en el último tercio del siglo por Estados Unidos y Europa. Cerca del noventa por ciento de nuestras

olmedas se habían extinguido, y era más que probable, por tanto, que también aquel olmo se hubiera secado y que lo que estuviera contemplando fuera la fotografía de un niño y un árbol que ya no existían.

Todas las fotografías tenían que ver con la muerte, rescataban imágenes que, al contemplarse, pertenecían necesariamente al pasado. Y recordé que sólo hacía unos días, junto a un contenedor de basura, había encontrado un montón de fotografías que alguien había tirado porque ya no significaban nada para él. En dos de ellas se veía a la misma mujer. Una mujer joven, en el esplendor de la vida. En la primera, estaba con dos amigas, apoyada en la verja de una iglesia. Llevaba una falda por encima de la rodilla y la cabeza cubierta con un pañuelo. Una de sus piernas se apoyaba en uno de los escalones y la otra ascendía coquetamente hasta el siguiente. Su expresión era melancólica y desafiante a la vez. En la segunda fotografía, permanecía apoyada en la barandilla de un puente, como una joven actriz. Hacía viento y la falda se tensaba sobre sus muslos como la vela de una barca. Parecía un pájaro a punto de echarse a volar. ¿Qué había sido de ella?, ¿a qué lugar la había llevado su vuelo? No era posible saberlo, su vida no era más que esa zona del espacio y del tiempo que ninguna imagen podía fijar. ¡Qué breve era el tiempo de nuestra vida! Las generaciones se sucedían unas a otras sin tregua y las huellas que dejaban a su paso por este mundo no tardaban en desaparecer. Éramos como las bandadas de aves que anidaban en la ría para partir unos meses después a lugares más cálidos donde pasar el invierno. Las que volvían nunca eran las mismas del año anterior, aunque lo hicieran a los mismos lugares donde estas habían hecho sus nidos.

Dormí un par de horas y al despertar estaba amaneciendo. Dos gatos maullaban frente a la casa esperando la leche que Claudia les llevaba cada mañana. Era un día claro, sin nubes que empañaran el azul del cielo. Los rayos del sol arrancaban a la superficie del mar multitud de pequeños reflejos mientras las gaviotas buscaban en la playa su ración de ese día. Más allá, casi asomada a los acantilados, estaba la casa del ruso. En el pueblo se decía que era un autor de novelas policíacas que se pasaba recluido el invierno escribiendo sus libros. Raras veces bajaba al pueblo, por lo que casi nadie le conocía. Abajo, lindando con la playa estaba El Pájaro Amarillo, un chiringuito donde en verano se ofrecían comidas y aperitivos a los bañistas. Su nombre procedía de un avión que a principios del siglo se había visto obligado a aterrizar en las arenas blancas de la playa, tras cruzar el Atlántico. Fue una de aquellas proezas de la aviación que asombraban al mundo de entonces.

Las gaviotas sobrevolaban el mar amparadas por su color blanco, ante el que los peces reaccionaban con menos diligencia que frente a los colores oscuros. Eran básicamente piscívoras, pero habían aprendido a aprovechar otras fuentes de comida y se habían vuelto necrófagas y cazadoras. Se alimentaban de cualquier despojo comestible, y la orilla del mar era uno de sus lugares preferidos para hacerlo. Merodeaban entre las rocas y las charcas en busca de moluscos y crustáceos. Cuando los capturaban se elevaban a gran altura y los dejaban caer para que sus valvas se rompieran al chocar contra el suelo. Formaban colonias en la ría, junto a las marismas. Cada pareja delimitaba su territorio, donde construían su nido con algas, hierbas y otras



plantas. Pasaban el invierno alejadas de la colonia y regresaban en la primavera al mismo lugar del año anterior. Los huevos eran grises, con manchas oscuras, y la pareja se turnaba para incubarlos. En Comillas se contaba que Gaudí, el célebre arquitecto catalán, se había inspirado en el vuelo de las gaviotas para diseñar la puerta de una de las mansiones del pueblo. Gaudí paseaba por la playa y con la punta de su bastón trazó en la arena el dibujo de una puerta a semejanza de las líneas que trazaban en el aire los vuelos de las gaviotas. De ese dibujo nació la que llamaban «La puerta de los pájaros». Tenía tres vanos: uno de ellos, el más amplio, para los carruajes; otro, para los caminantes; y el tercero, situado en lo alto, para los pájaros. La puerta, en primavera, se cubría de hiedra y cuando el viento mecía suavemente las hojas parecía una criatura fabulosa a punto de despertar de su sueño. A Claudia la gustaba detenerse ante ella y contemplar la pequeña abertura que había en su zona superior, como una puerta abierta a otro mundo.

Antes de irme al instituto, escribí una nota diciéndole a Claudia que hablaría con el jefe de estudios para disculpar su ausencia. Estuve nervioso toda la mañana y varias veces, durante las clases, perdí el hilo de lo que estaba diciendo, lo que hizo reír a los chicos. En una de las clases tuvo lugar un pequeño incidente, que en ese momento no supe valorar como debía. Una de las chicas se mareó y sus compañeras se aprestaron a atenderla. Se armó un pequeño revuelo y ordené que la sacaran al patio. Era una chica nerviosa, de rostro muy delgado, muy buena alumna. Pero últimamente se la veía tensa y angustiada, y más de una vez me había pedido permiso para salir por no encontrarse bien. Les pregunté luego a sus amigas qué le pasaba. No lo sabemos, me contestaron riéndose. Dice que el mundo se va a acabar.

Al salir del instituto, hice unas cuantas compras y regresé a Trasvía en el coche. Claudia no estaba en la casa y una vecina me dijo que la había visto paseando por la carretera. La vi sentada en un banco, frente al mar. Era un día claro y los prados descendían luminosos hasta el acantilado. Habían segado la hierba, que reposaba en grandes pacas cilíndricas, cubiertas de plástico negro. Me pidió perdón por la noche que me había dado. Soy una histérica, murmuró. Iba a preguntarle qué le había pasado, pero algo me hizo detenerme. Era como si el niño de la fotografía estuviera allí mismo, pidiéndome que no lo hiciera. Son cosas entre nosotros, me decía.

Regresamos lentamente. Mi coche estaba frente a su puerta y Claudia, al verlo, me tomó de la mano. Quédate conmigo, murmuró. Entramos en la casa y me puse a preparar la comida. Ella apenas podía mantener los ojos abiertos. No sé qué me pasa, murmuró, llevo durmiendo todo el día y sigo teniendo

sueño. Le dije que era por la medicación. Se tumbó en el sofá y fui a buscar algo para taparla. ¿Me quitaste tú el vestido?, me preguntó somnolienta al regresar. Le dije que sí. ¿Y cómo soy? No supe qué decirle. ¿Te parezco guapa?, insistió. El pelo le cubría la boca, y se lo retiré con cuidado. Su respiración se fue haciendo más pausada hasta que se quedó dormida. Me incliné entonces sobre ella y le dije que sí, que me parecía muy guapa. Pero no sé cómo ayudarte, pensé, qué puedo hacer para que dejes de sufrir.

Volví a mirar la fotografía del niño. En el reverso estaba escrito su nombre —Daniel— y la fecha en que había sido hecha: verano de 1995. Tenía los mismos ojos y la misma boca que Claudia, y miraba a la cámara con una expresión levemente irónica, como si dijera: No tenéis que preocuparos por mí. Recordé aquella vieja costumbre de fotografiar a los muertos. Un hermano de mi padre murió siendo niño, y la fotografía de su cadáver permaneció olvidada mucho tiempo en una habitación de la casa familiar. Cuando visitábamos a mi tía, siempre iba a escondidas a ver al niño muerto. Estaba vestido de monaguillo, ya que había muerto en el colegio, y permanecía tumbado sobre una mesa, con los ojos cerrados y un brillo céreo en el rostro y las manos.

Varios años después, cuando pude ver completa la serie de cuadros que Blanchard dedicó a Claudia y a su hijo, en la exposición retrospectiva que el museo Reina Sofía realizó a la muerte del pintor, algo me recordó aquellos días. En uno de los cuadros se veía a Daniel con un pájaro. Un pájaro que extendía las alas en la palma de su mano como si estuviera a punto de despertar y emprender el vuelo. En todos aquellos cuadros había desaparecido la tendencia a la deformidad tan característica de la obra anterior de Blanchard. Las figuras estaban pintadas de una manera delicada, atenta a los detalles, con puntilloso objetivismo. Pero había algo extraño en ellas, como si permanecieran en uno de esos lugares en que lo visible y lo invisible se tocan. Aquel niño que una y otra vez aparecía en sus cuadros era Daniel, y Blanchard se había enfrentado al pintarlos al misterio de la muerte. Y en ningún otro cuadro era esto más patente que en uno de gran tamaño en que se veía a una mujer tumbada en la hierba frente a una casa, colgada de un acantilado. El niño la miraba sentado en la escalera del porche. La mujer estaba de espaldas y tenía la cabeza recogida entre los brazos, sobre los que se derramaba su pelo negro. Llevaba un vestido que dejaba adivinar su cuerpo y parecía dormida, mientras el niño señalaba hacia arriba con el dedo índice de su mano izquierda. Recordaba a esas figuras de los cuadros de Leonardo que con gestos así parecen buscar algo indefinible más allá de las apariencias, de las formas visibles. Me pregunté si Claudia había visto aquellos cuadros. Tuvo que haber sido en su estudio, pues nunca se habían expuesto. Tal como se decía en el catálogo, Blanchard los había pintado poco antes de morir, en un período de inesperada fertilidad creadora. Era extraño que de conocerlos

Claudia no me hubiera hablado de ellos. Aparte de estos cuadros había una serie de seis, titulada *Plegarias*. La encontraron en su estudio cuando murió y, hasta la exposición del Reina Sofía, nadie sabía que existían. Dos figuras se repetían una y otra vez en ellos: un niño y un perro, uno de esos labradores de color negro que adiestran para que sirvan de lazarillo a los ciegos. El niño era Daniel.

Esa misma noche, a mi regreso del museo, y frente a un vaso de buen whisky, volví a pensar en el año que Claudia pasó en San Vicente. Al terminar el curso, pidió plaza en un instituto de Ibiza, donde conoció al que luego sería su marido. Vivían en Copenhague, aparentemente felices. ¿Cuántos años habían pasado? Me sorprendió que fueran cerca de veinte. Estábamos en el 2015 y en la televisión daban en ese momento los resultados de unas elecciones autonómicas que habían tenido lugar en Andalucía. El partido socialista se había sobrepuesto a la profunda crisis en la que estaba sumido desde hacía tiempo, y la derecha española, implicada en mil asuntos de corrupción y abusos de poder, había recibido un serio castigo. Dos nuevos partidos habían irrumpido con fuerza trastocando el reparto de papeles que reinaba desde el comienzo de la democracia. Me caía bien la gente de uno de aquellos partidos. Su candidata era una mujer joven y guapa, con aspecto de gitana. Era profesora de instituto, y había dicho que de llegar a presidir el gobierno andaluz el sueldo que se pondría sería el mismo que tenía como profesora. Se comportaba como si bastara con desear algo para que se hiciera real.

Claudia me invitó a su boda, a la que no acudí, y me escribía cada verano ofreciéndome su casa de Copenhague para que les fuera a visitar, lo que nunca hice. Había conseguido un poco de paz y tenía miedo a reavivar las llamas del pasado. Nunca dejamos de escribirnos. Es cierto que el tiempo que pasaba entre carta y carta era cada vez más largo, y que apenas teníamos cosas que decirnos, pero así es la vida. Los nudos más sólidos se desatan por sí solos,

porque la cuerda se gasta. Todo se va, todo pasa, el agua corre y el corazón olvida.

Una noche, de regreso a San Vicente me descubrí conduciendo por la carretera que llevaba a Trasvía, como si una llamada inconsciente me llevara de nuevo en busca de mi amiga. Detuve el coche ante su antigua casa y me quedé mirándola. No había luces en las ventanas ni signo alguno que indicara que pudiera estar habitada. La casa estaba sobre un prado que descendía hasta el borde del acantilado. Pensé en la serie del niño y el perro, y en que el lugar en que estaban era aquel. Las dos casas, la real y la imaginada, se confundían. Blanchard había pintado el brillo de las estrellas, el temblor de la hierba, las figuras de un niño y un perro tocados por algo indefinible. No había que interpretar nada. Los cuadros estaban allí como un canto, un salmo, una oración.

Aquella noche, al volver del museo, rememoré los días que pasé en casa de Claudia tras su crisis de angustia. Y digo los días, pues estuve allí cerca de una semana. Tras la noche de su llamada, durmió prácticamente todo el día y, al atardecer, cuando me disponía a volver a mi casa, volvió a suplicarme que no me fuera. Era viernes y me quedé con ella ese fin de semana. Pero tampoco en los días siguientes me dejó marchar. Claudia se pasaba las horas dormida, y yo me ocupaba de la casa y de hacer las compras. Hablé con el director del instituto. Era un centro pequeño y todo quedaba entre nosotros sin necesidad de dar parte a la inspección. Claudia se acostaba la siesta y no se levantaba hasta media tarde, en que salíamos a pasear. Apenas hablábamos en esos paseos, para los que elegíamos lugares solitarios. Se sentía incómoda si se encontraba con alguien, y si me quedaba mirándola me pedía dulcemente que no lo hiciera. ¡Qué extraños fueron aquellos días! Me habló de una rara película que había visto hace tiempo. Se titulaba *El testamento de Orfeo* y, en ella, Eurídice lograba regresar al mundo de los vivos pero conservaba la cualidad de no poder ser mirada y tenía que esconderse bajo la mesa o entre las cortinas cuando Orfeo regresaba a casa. Hasta que una tarde este sorprendía el reflejo de su rostro en un espejo y ella tenía que volver con los muertos. ¿Era eso estar muerto, vivir escondido, que nadie te pudiera ver?

La muerte estaba por todos los sitios. Vigilaba nuestros pasos, merodeaba alrededor de las casas, se llevaba a los seres que amábamos. Estaba en los rostros de nuestros padres ancianos, en la respiración de nuestras parejas cuando hacíamos el amor, en nuestros propios ojos al mirarnos en el espejo, en los llantos de los niños. Estaba en nuestras palabras, en nuestros recuerdos,



en nuestros deseos. Los muertos nos seguían cuando entrábamos en un cuarto, cuando recorriamos una calle o visitábamos un jardín. Velaban nuestros sueños, se sentaban en la mesa con nosotros, probaban nuestra comida. Estaban ahí, pero no debíamos volver la cabeza para mirarlos.

Fue uno de aquellos días cuando Claudia me habló de su hijo. Se cumplía entonces el aniversario de su muerte. Tenía siete años y había muerto en un accidente de coche. Era ella quien conducía. Nunca debió coger el coche a esas horas ni en aquel estado. Estaba muy nerviosa porque acababa de discutir con su marido. En esa época no hacían más que discutir por todo. Esa noche se enteró de un lío que tenía con una alumna y, humillada, decidió irse de casa. El niño ya estaba dormido, pero fue a su cama, lo despertó y se lo llevó con ella. En un cruce, otro coche, que no hizo el stop, arremetió contra el suyo. No tuvo la culpa del accidente, pero no podía olvidar que si no hubiera cogido el coche el niño seguiría vivo.

Claudia no dejó de pasear nerviosa por el cuarto mientras me contaba esto. No había consuelo para ella. Al terminar, salió a la calle. Había empezado a llover, y sentía caer la lluvia sobre los cristales de las ventanas. Era difícil tratar a los seres heridos, cualquier gesto, cualquier palabra equivocada, intensificaba su dolor. Al regresar, estaba completamente empapada. El agua se escurría por su pelo y sus ropas, y pronto formó un charco a sus pies. Parecía una muchacha ahogada. Fui a por una toalla y se la tendí para que se secara. Tienes que cambiarte, le dije tomándola de la mano para llevarla a su cuarto. Cuando volvió, llevaba puesto el pijama. Se tumbó a mi lado en el sofá y recostó la cabeza en mis piernas. No tardó en dormirse. Sentía su respiración pausada, el calor que desprendía su cuerpo, y evité moverme para no despertarla.

Al día siguiente, paseamos hasta el mirador. El cielo estaba lleno de nubes que amenazaban nuevas lluvias y en el prado vecino varios caballos pastaban. A veces levantaban sus largas cabezas y se quedaban absortos contemplando el prado inmenso y el mar lejano e inmóvil. Había una yegua con su cría de

patas larguísimas. La cría corría alrededor de la madre que la miraba con gravedad. Claudia empezó a hablar. Lo hizo sin dejar de mirar las cabriolas que hacía la cría para llamar la atención de la madre. Habló de su hijo, de la noche del accidente. Le sacó de la cama sin ni siquiera vestirle y lo llevó a su coche, donde enseguida volvió a quedarse dormido. Llevaba uno de esos pijamas llenos de dibujos que las madres ponen a sus hijos, convencidas de que su candor los protege del mal. Las gaviotas de patas amarillas sobrevolaban la playa, por la que paseaban dos personas con sus perros. Había un coche detenido frente a la casa del ruso, pero no se veía a nadie. Puede que estuviera escribiendo una de sus novelas de crímenes. A todos les gustaban esas historias que hablaban de la oscuridad que había en el corazón de los seres humanos.

Bajamos a la ría a contemplar las aves. Apenas vimos unos pocos ejemplares de garceta común y de patos payasos. Las garcetas, de apenas dos palmos de altura, caminaban en el agua como hombrecillos desprovistos de extremidades superiores, y al menor ruido emprendían el vuelo. Una de ellas se posó en la copa de un roble. Estiraba su cuello, delgado como un cordón, absorta en la contemplación de algo indefinible. Claudia había adelgazado esos días y cubría sus ojos con unas gafas negras. Vimos una familia de patos payasos. La madre marcaba el camino y las crías la seguían como si estuvieran atadas a ella con un hilo. Avanzaron por la ría hasta perderse entre la grama marina y las otras plantas de la marisma.

Aquella zona lindaba con el camino del pueblo y me dijo que era por allí por donde veía vagar a Blanchard. Supo que era Blanchard por el coche. Uno de aquellos coches todoterreno que se utilizaban en los caminos escarpados. Blanchard no seguía una dirección fija. A veces se detenía y parecía llamar a alguien. No sabía qué significaba aquella conducta, ni por qué volvía a ese lugar una y otra vez. Una tarde se lo encontró en Santander, en una librería. Estaba frente a la caja y Blanchard se acercó a saludarla. Pasó mucha vergüenza, pues los dos libros que llevaba eran sobre él, con reproducciones

de su obra. Blanchard tomó uno de ellos y estuvo observando sus láminas. Pierdes el tiempo, le dijo al entregárselo de nuevo. Ni uno solo de esos cuadros merece la pena. Hablaron un rato y le reprochó que no lo hubiera ido a ver. Vente este sábado con tu amigo, le dijo. El amigo era yo, pues la conversación tuvo lugar tras nuestro encuentro en la carretera de Rioturbio, la tarde en que me lo presentó.

Pero Claudia fue a verle sola. En el zaguán de la casa había varios cuadros con fotografías y en una de ellas se veía a Blanchard rodeado de pinos. Le dijo que en otro tiempo había sido muy aficionado a caminar por la montaña y el bosque, pero que llevaba meses sin hacerlo. Ahora apenas salía de casa, añadió, ocultando las excursiones a la ría que ella contemplaba desde el acantilado. Las otras eran fotografías familiares, y en varias estaba con su mujer. A Claudia le habían contado que ella había muerto hacía meses y que desde entonces Blanchard vivía solo. Habían estado casados cerca de treinta años, y no tenían hijos. Claudia le preguntó a Blanchard si la echaba de menos. Mi mujer y yo nos odiábamos cordialmente, le contestó inexpresivo. Parecía hablar de una vida que nada tuviera que ver con la suya, la vida de una pareja vecina cuyos problemas le fueran indiferentes. En una de las fotografías se les veía a los dos en Venecia. Eran aún jóvenes y Blanchard llevaba a su mujer del hombro. Estaban en uno de esos puentes decrepitos y delicados que cruzan los pequeños canales. Permanecían ajenos al abandono de la ciudad, a su infinita tristeza, como tantas parejas al comienzo de su vida en común. Todas piensan que su amor sobrevivirá al paso del tiempo, al desgaste de los días, pero raras veces sucede así.

Enfrente de las fotografías, junto a un vasar de madera donde estaban expuestos platos y vasijas antiguas, colgaba un cuadro de Blanchard. Se veía en él a una joven en el centro de un cuarto. Había una ventana al fondo que se abría a un jardín y el cuarto, casi vacío, permanecía en penumbra. La muchacha estaba desnuda de cintura para abajo y se apreciaba perfectamente su pequeño sexo. Tenía las palmas extendidas a ambos lados de su cuerpo y a

su alrededor había infinidad de copos blancos, como si nevara en el interior de la casa. Salieron al jardín. Nadie se ocupaba de él y estaba muy abandonado. Había en él gran variedad de plantas y flores. Junto a la puerta se erguía un inmenso nogal cuyas poderosas raíces habían levantado las losetas del paseo y amenazaban los cimientos de la casa. La tapia estaba cubierta de hiedra y junto a ella crecía un largo macizo de agapantos blancos y morados. Blanchard la condujo a una caseta que había al fondo. Era un palomar. En otro tiempo crio palomas mensajeras y había formado parte activa en un grupo de colombófilos. Eran unos lunáticos que sólo vivían para aquellas criaturas, con las que hablaban como si les pudieran entender. Las llevaban en jaulas a lugares situados a centenares de kilómetros, y las palomas se las arreglaban para regresar. Algunos científicos pensaban que eran los olores traídos por el viento los que les indicaban el camino. No estaba claro cómo lo lograban, pero eran capaces de recorrer en un solo día distancias enormes a velocidades superiores a los noventa kilómetros por hora. Tras la suelta, los colombófilos volvían apresuradamente a sus pueblos para verlas regresar. Ese era su ansiado premio.

Claudia y Blanchard entraron en la casa, donde este le ofreció un whisky que ella aceptó sin saber por qué, pues apenas bebía. Mientras Blanchard iba en busca de hielo se fijó en la sala. Era muy amplia y transmitía una sensación de descuidada comodidad. A través de sus ventanas se veían las ramas del nogal centenario. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, pero ninguno era de Blanchard. Eran cuadros de pintores de la generación de Blanchard, con los que había mantenido relación en los tiempos en que pintaba. Una escalera estrecha llevaba al estudio donde solía pintar. Blanchard le dijo que llevaba meses sin subir. ¿No lo extrañas?, le preguntó Claudia. Blanchard se encogió de hombros. Me refiero a tu estudio, a si no añoras el gusto de pintar, insistió ella. Me cansé de hacerlo, eso es todo, le contestó. No parecía apenado al decir aquello. Era como si hablara de otra vida, de otro yo con el que nada tuviera que ver. Le animó a que subiera a curiosear, él la esperaría allí

tomando su whisky. El estudio era un ático amplio, con dos grandes ventanas que daban al monte Corona. Dos de las paredes estaban cubiertas con estanterías repletas de libros, y, en un rincón, había una mesa llena de papeles. Los libros y la mesa estaban cubiertos de polvo, como si nadie hubiera a limpiar. Los cuadros permanecían colocados de cara a la pared. Blanchard solía escribir en el reverso sus títulos. Claudia se detuvo a leerlos: *Memoria de un jardín*, *Trama de la persuasión*, *Obligaciones diarias*, *La travesía de los secretos*, *Composición con símbolo*, *Terquedad de lo ausente*. Claudia sintió el deseo de ver este último, pero no se atrevió a tocar nada. Sobre el caballete había un cuadro a medio terminar. Una muchacha subía a la copa de un árbol sirviéndose de una escalera de mano. El brillo de las hojas, los campos que vibraban al conjuro de la luz, el tiempo detenido como en un sortilegio, la inocencia de vivir, encarnada en la muchacha que ascendía por la escalera, hablaban de esa felicidad que alguna vez se alcanza sin pretenderlo. Las lágrimas brotaron de sus ojos, ¿qué haría ella para recuperar algo así? Tuvo una idea extraña: que su hijo estaba escondido en la copa del árbol y que la muchacha iba a reunirse con él.

La voz de Blanchard la sacó de su ensoñación. La esperaba abajo con el whisky que le había preparado. Claudia se quedó mirando los cuadros de la pared. Había cuadros de Tàpies, de Saura, de Zobel, de Mompó. Casi todos ellos estaban vinculados a aquel movimiento de la abstracción que tuvo lugar en los años sesenta y que hizo de Cuenca la capital del arte en España. Todos eran amigos, le dijo Blanchard, aunque él era unos años más joven. Se reunían para enseñarse lo que hacían y discutir sobre pintura, participaban en congresos y en actos diversos, se rebelaban contra la miseria intelectual y moral del país. Estaban convencidos de que la pintura tenía el poder de cambiar la realidad. Él era el más joven de todos, y también el primero que dejó de pintar. Por qué seguir pintando si nadie lo necesitaba, le dijo. Nuestras ideas, nuestras locuras, las expresamos viviendo. Pero pintar, continuó, ¿por

qué seguir haciéndolo si no hay una comunidad con la que compartir lo que haces? Eso fue lo que sintió, que había perdido el contacto con los demás.

Blanchard se sirvió otro vaso de whisky y siguió hablando. Cuando hizo su última exposición aún no pensaba así. La consideraba la mejor que había hecho nunca, pero apenas se vendieron cuadros. No le afectó en exceso, pues nunca fue uno de esos pintores que venden. Mas sucedió algo que todo lo cambió. Un conocido crítico escribió un artículo demoledor sobre la exposición. Procedía de los medios académicos y se había granjeado una fama de exigencia y de rigor del todo incomprensibles para él, pues su visión del arte no podía ser más alejada de la suya. Y en aquel artículo le trataba como a uno de esos alumnos poco dotados a los que su profesor se permite dar todo tipo de consejos acerca de lo que deben hacer para prosperar académicamente. No habría tardado en olvidarse de ello si en los días siguientes no llega a pasar algo del todo inesperado. Se enteró de que el crítico había muerto tras una larga enfermedad días antes de que se publicara su crítica, por lo que había empleado sus últimos momentos de lucidez en arremeter sin piedad contra él. Ese descubrimiento le trastornó. Subía a su estudio y se quedaba mirando los cuadros tratando de comprender la razón de aquel desprecio. No sabía si lo que hacía era bueno o malo, ¿cómo se podía saber algo así? Pero allí estaban los colores que él mismo había creado, su voluntad constructiva, su idea de la pintura como hechizo, su defensa de la inocencia. ¿Qué podía haber llevado a un moribundo a despedirse de la vida escribiendo un artículo contra él lleno de arrogancia y maldad?

Pensó entonces en la humillación. En la facilidad con que unos hombres humillaban a los otros, en esa legión de seres humillados en sus casas, en sus lugares de trabajo, en las calles y plazas. Pensó en todos los que estaban enfermos de humillación. Era terrible fracasar, que la gente se creyera con derecho a decirte qué debías hacer, descubrir que hasta en los moribundos seguía latiendo el deseo de pisotear algo vivo. No podía entrar en su estudio, pues la angustia se apoderaba de él. Una amiga le aconsejó que consultara a un

psiquiatra, pero ¿qué podía decirle? ¿Que una crítica desafortunada había acabado con su carrera? Era demasiado ridículo. Sabía muy bien qué era pintar, una forma de sentir calor, ternura, que había vida en él, ¿por qué seguir luchando para demostrárselo a los demás? Dejó pasar el tiempo esperando que todo pasara, pero entonces no sabía aún lo fácil que puede ser dejar de pintar. Entraba en el estudio y se dirigía al lugar donde estaban los pinceles, pero no podía tomarlos. Estaba cansado de aquel esfuerzo inaudito que de nada servía. Se sentía como en esos sueños en que quieres hacer algo y no puedes moverte, que eres incapaz de hablar.

Pero eso es absurdo, le contestó Claudia, tus cuadros están ahí, ¿qué importancia puede tener que a alguien le gusten o no? ¿No te parece que al actuar así eres tú el que peca de arrogante ya que no admites que tu obra pueda ser juzgada por nadie? Es cierto, le contestó Blanchard. Nada de aquello tenía sentido, pero veía las cosas, el mundo que había a su alrededor, y se sentía separado de él, como si hubiera un muro que lo aislara de todo. Tenía miedo a lo que podía encontrar si saltaba ese muro. Era mejor quedarse sin hacer nada. Seguiría pintando porque eso era su vida y no sabía hacer otra cosa, pero no volvería a exponer nunca. El resultado de todo aquello fue que no volvió a coger un pincel.

Se había hecho tarde y salieron al exterior. La casa estaba orientada al poniente y una luz dorada iluminaba el pequeño jardín. Se acercaron al nogal, cuyas hojas brillaban a causa de la humedad. A Claudia le recordó el árbol del cuadro de la niña subiendo por una escalera que acababa de ver. *La escala de Jacob*, se titulaba. Es el árbol del cuadro, ¿verdad?, le preguntó señalándole el nogal. Blanchard asintió con la cabeza. La niña, le preguntó Claudia, ¿qué estaba buscando? Blanchard no pudo reprimir una sonrisa y Claudia se sonrojó al comprender la ingenuidad de su pregunta. Lo siento, se disculpó azorada. ¡Vaya preguntas que hago! No, me gusta que la hagas, le contestó él. Es justo una pregunta que a ese crítico del que te hablé jamás se le habría ocurrido hacer. Blanchard se acercó al árbol y paseó alrededor del tronco,



acariciando su corteza con la mano extendida. La capacidad para percibir la belleza, le dijo, surge de una cualidad de la conciencia que ningún aparato crítico puede proporcionar. Son los niños los que la poseen en grado sumo. Si a la gente le gusta lo que hacemos los pintores es porque en el fondo somos niños y jugamos con los colores como ellos. Dos urracas irrumpieron en el jardín graznando. Se perseguían una a otra y tras una breve pelea se alejaron volando ruidosas. Eran como Blanchard, robaban lo que brillaba para llevarlo a sus nidos.

Salieron a pasear por el pueblo. Las casas estaban separadas por cortafuegos de piedra, con amplias balconadas y tejados a dos aguas. Caminaron hasta la ermita de San Antonio, con sus tejados de varias alturas y su atrio con cubierta de tres aguas. Estaba en un claro del monte Corona y se veían desde allí los Picos de Europa. Blanchard le dijo que aquel monte era la verdadera razón de que hubiera elegido tal sitio para vivir. Albergaba abundante fauna y flora con praderías y bosques autóctonos y subiendo por sus senderos se divisaban panorámicas del conjunto de la Marina, que al atardecer desprendía una luminosidad de selva.

Blanchard acompañó a Claudia hasta el coche, aparcado en el exterior de la casa, junto a las tapias del jardín. Acababa de despedirse, cuando le pidió que le esperara un momento. Regresó con una jaula en la que había dos palomas. Si quieres algo de mí sólo tienes que soltarlas, le dijo. A Claudia le dio la risa. ¿No es mejor que me des tu número de teléfono? Es más rápido y seguro. Blanchard se la quedó mirando. Sí, lo sé, le contestó, pero una paloma es real.

Claudia regresó con las palomas a casa. Se sentía sumamente incómoda, ya que le horrorizaba la idea de tenerlas encerradas en una jaula. Tampoco entendía por qué Blanchard le había hecho depositario de aquellas confidencias. Apenas la conocía y no le parecía de ese tipo de hombres que anda contando sus problemas al primero que encuentra. Además, la historia del crítico moribundo le parecía poco verosímil. Una simple crítica, por muy negativa y cruel que fuera, ¿cómo iba a ser la causa de que dejara de pintar? ¿Le había contado aquello por la misma razón que le había dado las palomas: para ponerla a prueba? Recordaba su mirada al abrir la portezuela del coche y poner sobre el asiento delantero la jaula. No era la mirada del que estudia su presa, sino otra llena de curiosidad y en cierta forma de candor. La mirada de quien de pronto se encuentra frente a alguien que le gusta y se pregunta qué les ha hecho encontrarse. Pero ella no tenía nada especial que ofrecerle. Su mundo sólo era este tan previsible, insignificante y triste en el que vivía la gente común.

Cuidó las palomas en los días siguientes. Les daba de comer, limpiaba la jaula. Una mañana, al regresar de clase, oyó ruidos y descubrió que volaban libremente por los cuartos. Una estaba posada en la mesa del salón, y la otra sobre el frigorífico. Trató de acercarse a ellas y escaparon alborotando con sus alas. Claudia decidió dejarlas. Puso pan sobre la mesa y descendieron a buscarlo. No parecían extrañar su antigua vida, como si aquel lugar, con sus muebles y sus cuartos prolongara el mundo de los bosques y las orillas de los ríos donde solían guarecerse y hacer los nidos.

Por la noche oyó los ruidos que emitían. A veces eran sonidos vocales, casi

silábicos; y otras, pequeños gritos incomprensibles, silbidos, golpes sordos como si se pusieran a aplaudir con las alas. Claudia descubrió que le gustaban esos sonidos, su oscuridad, su misterio. Le recordaban los que había en la casa cuando su hijo se despertaba y la llamaba desde el cuarto porque tenía miedo. Recordaba cómo se abrazaba a ella buscando su protección. Entonces los ruidos que le habían inquietado se transformaban en una excusa para seguir así, estrechamente unidos, como si los ogros y las otras criaturas nocturnas sólo fueran una invención del amor.

Todo siguió igual al día siguiente en que las palomas continuaron volando a su aire por la casa. Al atardecer tuvo un percance con una de ellas. Debía de estar adormecida y, al oírla levantarse, la paloma se asustó y en su huida la golpeó haciéndole una pequeña herida en la frente. Tomó la decisión de soltarlas. Sabía que tan pronto lo hiciera volarían a casa de Blanchard, donde tenían su palomar, y decidió mandarle un mensaje, invitándole a cenar ese sábado en su casa. Lo escribió en una pequeña nota, que ató a la pata de una de las palomas. Y, a continuación, me llamó para invitarme también a mí.

Blanchard ya estaba en la casa cuando llegué. Percibí su sorpresa al verme en la puerta, pues había pensado que iba a cenar solo con Claudia. Sin embargo, se mostró atento conmigo preguntándome todo tipo de cosas acerca de mis clases y de mis excursiones campestres, de las que Claudia le había hablado. Blanchard había llevado dos botellas de buen vino que nos bebimos sin darnos cuenta. Claudia era una buena cocinera y había preparado una cena muy sabrosa que provocó nuestros elogios. Para acompañar el café, abrimos una botella de whisky. Claudia y Blanchard no dejaban de mirarse. He asistido otras veces a esos momentos en que un hombre y una mujer se desean y en que el mundo entero se apaga a su alrededor, como en esas escenas de teatro en que un foco ilumina una parte de la escena dejando el resto en penumbra. Blanchard, a pesar de su edad, seguía siendo un hombre atractivo. Estaba además su fama, el misterio de su vida solitaria, el que fuera un artista, todas esas cosas que gustan a las mujeres, siempre deseosas de que los hombres que eligen sean excepcionales, aunque esto las condene a tener de ellos sólo una parte de lo que son.

Animado por el whisky, Blanchard estuvo muy hablador y nos contó anécdotas relacionadas con su estancia en París durante su juventud. El nombre de su tía, muy apreciada en los círculos artísticos, le abría las puertas de los otros pintores. Conoció a Picasso, que le recibió más de una vez en su estudio. Picasso tenía una cabra que se movía libremente entre los cuadros, dejando en el suelo hileras de cagarrutas. Sólo le importaba la pintura. Aquel hombre extraordinario, aquel pintor insaciable, arrastró a la desgracia a cuantos se habían acercado a él. Blanchard citaba nombres que yo escuchaba

por primera vez, pero que Claudia parecía conocer. Dora Maar, la gran fotógrafa surrealista, había muerto en la miseria en medio de las telas que Picasso le había regalado y que siempre se negó a vender; Marie-Thérèse Walter, la musa inconsolable, se ahorcó del techo de su garaje; y Jacqueline, la compañera de los últimos días, se disparó una bala en la sien. También se suicidó su nieto Pablo, bebiéndose una botella de lejía. Era como un buque que al hundirse se hubiera llevado, engullidos por el torbellino, a cuantos estaban a su alrededor.

Para dibujar una paloma, le dijo Picasso una tarde al joven Blanchard, primero hay que retorcerle el pescuezo. Claudia se rebeló contra una idea que daba a entender que todo debía estarle permitido al artista en la ejecución de su obra, y le dijo a Blanchard que prefería quedarse con la paloma real. De acuerdo, le contestó, pero ¿esa paloma qué es sin la presencia de la soñada? La pintura de Picasso era la cuba de Barba Azul, en ella flotaban los fragmentos vivos de las mujeres que había amado. No había concesión sentimental. Picasso se volvía hacia el cuerpo que deseaba y le pedía que le revelara lo que estaba abajo: el sexo, las pasiones, los sueños. Su gran obsesión era la mujer. Pero, como el niño que arranca las plumas a un pájaro vivo, al trocear el cuerpo de sus amantes no pensaba en su muerte. Quería lograr formas nuevas, nuevas maneras de consumir su amor. Su perversidad, al contrario de la de Barba Azul, estaba llena de inocencia. No quería la muerte de lo que amaba, sino su vida más secreta.

Y tendiendo sus manos hacia delante, como si sujetara entre ellas el cuerpo de aquella paloma asesinada, nos dijo que la pintura de Picasso era a la vez el acto del descuartizamiento y el de la resurrección. Claudia estaba muy callada y Blanchard no dejaba de dirigirle miradas furtivas. Me di cuenta de que querían quedarse solos y me despedí de ellos. Claudia me acompañó hasta el coche. Nos vemos el lunes, me dijo, besándome muy cerca de los labios. Ten cuidado con tu Barba Azul, le dije, sorprendido de mi atrevimiento. De camino a casa, pensé en aquel cuento y en el misterio de que la muchacha

aceptara casarse con alguien así. No podía engañarse acerca de lo que iba a encontrar a su lado. Barba Azul había tenido otras esposas que desaparecieron misteriosamente y sin duda todos debían saber qué pasaba en el castillo. Pero, en tal caso, ¿por qué fue? ¿Por qué las muchachas en los cuentos iban a los lugares donde las esperaban los ogros?

No sé lo que pasó esa noche ni si Claudia visitó esa alcoba cuando me fui; pero el lunes, cuando volvimos a vernos en el instituto, lo primero que me dijo fue que Blanchard se había ido de su casa al poco de hacerlo yo, como si necesitara dejar claro que no había pasado nada entre ellos. Podría ser tu padre, le dije sin pensarlo. Claudia sonrió, consciente de mis celos. No te preocupes, me dijo coqueta, ya sabes que de quien estoy enamorada es de ti. No era cierto y los dos lo sabíamos. Se detuvo en la puerta y, antes de salir para ir a sus clases, añadió con una sonrisa: por cierto, Eduardo no es un ogro, no tengas miedo por mí.

Sí lo era. Un ogro es siempre lo otro, lo que vive en las afueras, aquello que no es la persona en sí misma pero que vive en sus pensamientos, como la madre vive en los del niño. Los ogros habitan ese territorio hurtado a la razón. Nadie sabe más de sexo que ellos, por eso las muchachas los van a buscar.

Esa misma semana caí enfermo. Al principio fueron unas fiebres altas que confundí con una simple gripe. La fiebre no cedía y el médico me recetó antibióticos. Tampoco así mejoré. Me hicieron todo tipo de pruebas, sin resultado alguno, y una noche en que apenas podía respirar cogí el coche y me fui a Valdecillas, al servicio de Urgencias del hospital. Estuve internado cerca de dos meses. Una extraña bacteria, resistente a los antibióticos, se había instalado en mi corazón y no había forma de eliminarla. Me sentía muy débil y apenas podía mantenerme en pie. No sabía en qué fecha estaba, ni si era de día o de noche. Los rostros de las enfermeras y de los médicos flotaban a mi alrededor como los personajes de un sueño. Claudia me iba a ver cada poco cargada de revistas y periódicos, y me tenía al tanto de las novedades del instituto. Cuando por fin pude levantarme, paseábamos juntos por el jardín. Empezaba la primavera y las tapias estaban cubiertas de glicinas, cuyas flores arracimadas recordaban los farolillos de una fiesta. Había plátanos añosos y enormes magnolios, a cuya sombra solíamos sentarnos. La hierba siempre estaba brillante. No sabía si sus visitas me hacían feliz o desgraciado. Me daba cuenta de que no la conocía, que apenas sabía nada de ella, como si tuviera una vida secreta, una vida que incluso cuando estaba a mi lado permanecía invisible para mí. Su verdadera vida.

Mientras estuve en el hospital pensaba en Claudia a menudo. ¿Qué estaba haciendo?, ¿su idilio con Blanchard había ido a más? Me hice amigo de una enfermera, que me consolaba con su alegría y sus historias un poco disparatadas. Una vez, cuando me estaba lavando, tuve una erección que no pude ocultar, y ella se echó a reír. Vaya, vaya, me dijo, ya veo que empiezas a

mejorar. Se estuvo recogiendo el pelo en una cola de caballo, mientras contemplaba su reflejo en el cristal de la ventana. La dulce luz amarilla del final de la tarde bañaba su nuca y su cuello esbelto. Una alegre chica maravillada de serlo, así era Inés. Se comportaba como si el sexo también pudiera ser juego, encantamiento, inocencia.

Me contaba historias de la gente que atendía en el hospital. Algunos venían de lugares perdidos de los que apenas habían salido nunca. Una anciana que procedía de un pueblo de la provincia de Zamora le contó una historia de la guerra civil. Su padre había sido asesinado por los falangistas. La última imagen que tenía de él era del día anterior a su muerte. Acababa de afeitarse y entró en el comedor con una toalla al hombro. Nunca olvidaría la blancura de esa toalla, ni el olor a jabón de afeitarse cuando la cogió en brazos para besarla. Lo fueron a buscar esa misma noche y no volvieron a verlo. No se resignó a su ausencia y en su inocencia, era sólo una niña, iba por el pueblo preguntando si le habían visto. La llamaban «la hija del hojalatero que tiraron a los pozos», y con ochenta años aún seguía recordando a su madre y a otras mujeres del pueblo llevando a escondidas flores a los pozos porque no sabían dónde estaban los cuerpos de sus maridos e hijos asesinados.

Una tarde Inés y yo nos escapamos del hospital. Había llegado al puerto el velero *Juan Sebastián Elcano*, el barco escuela de la Armada española, y se empeñó en que fuéramos a verlo. Era como andar por un bosque. Los mástiles eran grandes árboles; y las velas y cuerdas, sus ramas. Inés llevaba el pelo suelto y un vestido muy ligero, abotonado por delante, que se pegaba a su cuerpo. Se había dejado los últimos botones sin abrochar de forma que al moverse dejaba al descubierto sus piernas. Los cadetes no le quitaban ojo y ella estaba feliz, como si ser una chica bonita fuera lo mejor que le pudiera pasar a nadie en esta vida.



En el hospital, había dos niñas gemelas que iban a verme cada tarde. Era un caso que todos comentaban, pues las dos habían sufrido a la vez el mismo ataque de apendicitis y habían tenido que operarlas una tras otra. Siempre estaban juntas y exigían llevar los mismos camisones y las mismas zapatillas. Tenían unos diez años y venían a que les dibujara pájaros. Tenía que esmerarme para que las diferencias entre los dibujos fueran las mínimas, pues eso las contrariaba. Permanecían en silencio mientras hacía los dibujos. Y ya en la puerta, con los dibujos en la mano, se volvían y me daban las gracias a la vez. La doctora que me atendía era una mujer de unos cincuenta años, muy atractiva, que solía visitarme con otra doctora más joven. Esta era ginecóloga y nos hablaba de los embarazos cada vez más tempranos de las adolescentes. Según ella, estos embarazos no tenían que ver con la falta de información sexual. Había en las chicas muy jóvenes un problema de inmadurez que les hacía incapaces de prever las consecuencias de sus acciones, pues aunque sus cuerpos ya habían madurado, sus pensamientos seguían siendo infantiles. Y contaba, como ejemplo, la conversación que había sorprendido en la sala de espera entre dos jóvenes adolescentes embarazadas. Comentaban el sexo de sus respectivos niños, del que ya tenían noticia, y al comprobar que en ambos casos este contrariaba sus deseos, hacían planes para cambiárselos cuando hubieran nacido, como dos niñas que deciden cambiarse las muñecas que les han traído los Reyes.

El sexo no tiene remedio, decía riéndose mi doctora. Nos hace perder la poca cabeza que tenemos. Vivía en una casita en el campo, pues la ciudad con sus ruidos y sus coches la agobiaba. Tenía tres burros y comentaba con gracia

el ímpetu sexual del macho, que no dejaba a sus compañeras un momento de tranquilidad. Era tan violento que decidieron separarlos. Desde entonces no cesaba de rebuznar. Estremecía oír esos rebuznos, como si no hubiera en el mundo un dolor semejante al suyo. Y lo curioso era que las burras, tal vez compadecidas, lo buscaban excitadas. Oían los rebuznos y se acercaban como hipnotizadas a la valla tratando de reunirse con él, como si esas cosas de los sexos distintos tampoco entre los animales tuviera solución.

Inés se reía de mí porque decía que todas las mujeres querían estar conmigo. Según ella, era porque las miraba como si en vez de entrar por la puerta lo hicieran a través de la pared. Pero las mujeres, continuaba, sólo podían entrar y salir por las puertas, como les pasaba a los hombres. Y, tras detenerse frente al espejo para arreglarse el pelo, añadió con una sonrisa: Bueno, a veces también lo hacemos por las ventanas. Casi siempre para terminar fatal. De niños chupábamos los fósforos, ignorando lo venenosos que eran, y nos frotábamos con ellos para que nuestras caras y brazos brillaran en la oscuridad. El cuerpo de Inés, cuando venía a despedirse de mí, desprendía en la noche una luz así.

También Claudia era una comedora de fósforos. A menudo, durante las largas horas que pasé en el hospital, me preguntaba qué estaría haciendo, si habría vuelto a ver a Blanchard. Tenía miedo de que se implicara más de la cuenta en una relación que sólo podía hacerle sufrir. Había llevado conmigo la libreta azul, y me entretenía leyendo lo que había escrito. Allí estaban nuestros paseos por la ría observando a las aves, nuestros viajes a Santander para asistir a las sesiones de la filmoteca, los libros que Claudia compraba, nuestras visitas a las tiendas para comprarse ropa. Siempre se me dio bien dibujar, y en mis cuadernos de campo acompañaba las anotaciones con dibujos del natural. Dibujos de plantas, de lugares recónditos, de aves y otros animales. La libreta azul estaba llena de dibujos así. En todos aparecía Claudia. Claudia sentada en un café, Claudia mirando un escaparate, Claudia consolando a un niño que se había caído en el parque cuando patinaba. Las

manos de Claudia, sus peinados, su ropa. Claudia sonriendo, Claudia somnolienta, Claudia lamiendo con descaro un helado. Un día me arrebató la libreta y estuvo un buen rato pasando las hojas. En uno de los dibujos se la veía semidesnuda en el probador de una tienda. Claudia me hacía acompañarla y cuando se probaba la ropa se olvidaba de correr las cortinas, de forma que podía verla desvestirse, lo que a ella no le importaba. *Claudia en el probador*, podía leerse en el pie de aquel dibujo, en el que se la veía volviendo la cabeza con una sonrisa. Sin embargo, en esa sonrisa, en el escorzo de su hombro desnudo, que parecía hecho para ser acariciado, había puesto sin darme cuenta lo que sentía por ella, y Claudia lo notó enseguida al hojear la libreta que me había quitado. No debes enamorarte de mí, me dijo al devolverme la libreta. Soy como esas aves que tanto te gustan y que no pueden parar quietas en ningún lugar. No lo olvidaba, había aprendido a estar a su lado sin pensar, sin pedir nada, como hacía cuando observaba a las aves en la ría.

A mi regreso, hicieron una fiesta en el instituto para recibirme. Claudia parecía distinta, como si algo inaprensible la hubiera cambiado. Le dije que la encontraba muy guapa. No hago más que dormir, me contestó. El cielo estaba cubierto de densas nubes y a lo lejos se veía el resplandor de los relámpagos, pero no se oían truenos. Pero estás bien, ¿verdad?, insistí. No te creas, me dijo. La tristeza es un vicio, no es fácil renunciar a él. Sin embargo, no parecía triste, sino dueña de una cualidad nueva, de una singularidad preciosa que la libraba de la antigua pesadumbre de existir. Ya no era como esos animales heridos que se retiran a un rincón para ocultar su dolor.

Esos días no hablamos de Blanchard. Yo evitaba preguntarle si lo seguía viendo y ella jamás lo nombró en nuestras conversaciones. Un día nos dijo que lo iba a llevar al instituto. Se cumplía el aniversario de la muerte de su tía abuela María Blanchard y le había pedido que diera a los alumnos una charla sobre ella. Todo el instituto se reunió en el salón de actos para escucharle. Claudia le presentó diciendo que, aunque Eduardo Blanchard era un gran pintor, esa mañana no venía a hablarnos de su obra sino de su tía abuela, a la que no había llegado a conocer, ya que había muerto antes de que él naciera. Blanchard tomó la palabra y agradeció a Claudia que le hubiera invitado. Y citó una frase de Flaubert: «El artista debe arreglárselas de modo que la posteridad acabe creyendo que jamás existió». Esa frase resumía la vida de su tía, que siempre había rehuido la fama para vivir entregada a su obra. Y nos fue contando su historia, desde su nacimiento el día 6 de marzo de 1881 en el seno de una familia liberal y culta de la nueva burguesía montañesa. La madre se cayó por una escalera durante su embarazo, y ella nació con una lesión de

columna que la transformó en una jorobada, lo que le haría objeto de las mofas de los niños durante su infancia y condicionaría fatalmente su vida amorosa. «Cambiaría toda mi obra por un poco de belleza», dijo cuando ya era una persona reconocida por los más grandes pintores y galeristas de la época. Toda su obra estuvo presidida por un raro misticismo y un anhelo permanente de belleza. Pasó muchas dificultades económicas, pues se tuvo que ocupar de sus hermanas y sus hijos, para lo que se vio obligada a vender cuanto había heredado. Su vida de reclusa y enferma contribuyó a desarrollar su inteligencia y su vocación artísticas. El peso de la enfermedad y la sobrecarga familiar terminó por sumirla en un estado de consunción que la llevó a la muerte. «Si vivo voy a pintar muchas flores», fueron sus últimas palabras. Murió el 5 de abril de 1932, antes de que los trenes llenos de flores que partían del sur llegaran a París. A su entierro además de familiares y amigos acudieron numerosos mendigos y vagabundos a los que había auxiliado a lo largo de los años. Su pintura hundía sus raíces en la corriente más secreta de la pintura española de los siglos XVI y XVII, en Zurbarán, en los bodegones de Valdés Leal o Sánchez Cotán, pero también en la mística y, de alguna forma, en el arte medieval. Toda su obra parecía haber sido pintada en las sombras, a la luz temblorosa de las llamas. No pintaba para mirarse a sí misma, sino para hacer suyas las voces ocultas del mundo, que casi siempre tenían que ver con el dolor. «Todos tenemos en nuestro corazón una cámara real —declaró una vez—, la mía está tapiada.» Blanchard concluyó su charla contando una anécdota del tiempo en que su tía vivió en París. Llevó durante años un vestido horrible de enormes cuadros amarillos y verdes que no se quería quitar. ¡Me gusta tanto arreglarme!, les decía a sus familiares y amigos cuando la animaban a que lo cambiara por otro. Como muchos artistas, concluyó Blanchard, su tía fue feliz en sus sueños e infeliz en la vida real.

Al finalizar la charla se abrió un turno de preguntas y uno de los chicos le pidió a Blanchard que hablara de su obra. La profesora —se refería a Claudia— les había dicho que había dejado de pintar, ¿podía explicarles por qué?

Blanchard le contestó que porque había perdido la fe en lo que la pintura representaba. Todo pasa, todo cesa, todo cansa, esas eran algunas de las verdades crueles de la vida. Se hizo un gran silencio y Claudia intervino para romperlo. ¿Qué es la pintura para ti?, le preguntó. Blanchard recordó entonces algo que le había sucedido hace años visitando una iglesia. Un grupo de chicos y chicas de un instituto escuchaba con atención las explicaciones de un sacerdote. Estaban ante una delicada talla románica de la Virgen con el Niño, que tenía unas orejas enormes. Era una Virgen muy hermosa, con su ingenuo hieratismo y sus luminosos ojos almendrados, pero en lo que todos se fijaban era en las orejas del Niño. El sacerdote preguntó si alguno podía explicarle por qué eran tan grandes y, ante su silencio, dijo con la mayor naturalidad: «La Madre está mirando el mundo y el Niño nos pide que escuchemos el silencio con que lo hace». Los cuadros de su tía eran retratos, escenas domésticas, pequeños bodegones. No pintaba rostros, no pintaba libros o trozos de sandía, no pintaba manzanas o botellas o platos. Cogía una manzana o una rosa y lo que quería pintar era el silencio que la hacía aparecer. Eso era la pintura para ella, añadió Blanchard, ir por el mundo con unas orejas como las del niño de aquella talla. Todos los chicos se rieron y Claudia dio por terminado el encuentro.

Blanchard se vino con nosotros a la cafetería. Sabía por Claudia que yo había estado enfermo y se interesó por mi salud y por el tiempo que había pasado en el hospital. Estaba con nosotros una profesora de historia que no paraba de hablar. Era muy gorda y tenía una cara sonrosada y redonda. Nos dijo que al llegar a cierta edad había que elegir entre la cara y el culo, y que ella había elegido la cara. Todos nos reímos, mientras ella agitaba sin complejos su voluminoso trasero. No había sido mala elección a juzgar por la felicidad que irradiaban sus ojos.

Claudia se ofreció a llevar a Blanchard y los dos salieron juntos del instituto. Desde una de las ventanas, los vi dirigirse al coche de Claudia, que estaba aparcado junto a la puerta. Antes de montarse, Blanchard le acarició

levemente la mejilla con la mano. Aquel gesto hablaba de una intimidad física desconocida para mí, cuya simple evocación me turbó. Llamé varias veces a Claudia en los días siguientes, pero nunca me cogía el teléfono. En el instituto apenas paraba. Daba las clases y se iba sin pasarse por la sala de profesores o la cafetería, como antes solía hacer. Una noche fui a su casa, pero las luces permanecían apagadas y el coche no estaba aparcado donde solía. Pensé en pasarme por Caviedes, donde Blanchard tenía su estudio, para ver si estaba con él, pero no me atreví a hacerlo por temor a descubrir que era así. No tenía ningún derecho a inmiscuirme en su vida.

Unos días después coincidí con Claudia en Los Castaños. Me fijé que se había maquillado levemente, lo que raras veces solía hacer. Llevaba unos vaqueros, una camiseta a rayas azules y blancas y una chaqueta azul oscuro. Estaba muy guapa y me acordé de la frase de María Blanchard sobre aquella cámara real que todos guardábamos tapiada en nuestro interior. Esa tarde Claudia no tenía ningún problema en entrar y salir de la suya. Empezó a hablar de cuando nos habíamos conocido. De su llegada al instituto y de cómo se había sentido protegida por mí desde el primer momento. Habló de nuestras excursiones a la ría para observar las aves. Había aprendido muchas cosas de esas visitas. No sólo los nombres de las plantas y de las aves, sino algo más decisivo de lo que al principio no se había dado cuenta. Había aprendido para qué servía el mundo y a sentirse parte de él.

Luego habló de los días que pasó postrada en su casa tras su ataque de angustia. Estaba al borde del abismo y yo había acudido en su ayuda, como aquel muchacho que en el cuadro de Blanchard le ofrecía su bocadillo a la jorobadita que estaba encerrada en la casa. No digas eso, le contesté, tú no eres ninguna tullida. Permaneció un rato en silencio, recordando los días del pasado. Debiste pensar que estaba loca, continuó. No sabía qué hacía, me odiaba a mí misma. Me miraba al espejo y no reconocía mi cara. Si hubiera tenido una máscara me la habría puesto para que nadie me pudiera ver, como aquel pobre hombre que en *El fantasma de la ópera* ocultaba de esa forma sus quemaduras. Deberíamos tener máscaras así, como tenemos sombreros o ropa. Tener la libertad de ponérselas cuando lo necesitáramos. Cansa tener un solo rostro, tener una sola vida, no poder escapar de lo que somos.



En la calle volvía a llover. Los altos árboles se arqueaban sobre la plaza y al fondo se veían las viejas casas del pueblo, abandonadas en esa época del año. Casas de familias humildes, sin secretos ni historia, cuyos moradores se sucedían unos a otros sin que nadie los recordara. Era el final que nos esperaba a todos. Claudia permanecía con la mirada fija en la ventana. Me pareció que pertenecía a una de esas tribus perdidas que vagan por el mundo pensando que se puede sacar vino de las paredes o crear palomos pronunciando ciertas palabras sagradas. Sonrió al ver cómo la miraba. ¿De qué te ríes?, le pregunté. De las cosas que te conté la otra noche, de lo descarada que fui. Se refería al relato de un encuentro orgiástico que una amiga y ella habían tenido en su juventud con un chico extranjero.

Por la mañana, cuando te fuiste, continuó diciéndome, me acordé de una noticia que había leído en el periódico. Hablaba de un hombre que había asesinado incomprensiblemente a una mujer y a su pequeño hijo. No se trataba de un crimen pasional, pues no los conocía de nada. Una voz le había pedido que llamara a la puerta y, al abrirle, había visto brillar los cuerpos de la mujer y el niño y los había matado. Y pensé que si alguien hubiera entrado aquella mañana en la casa donde estábamos mi amiga, aquel chico y yo, también habría visto brillar así nuestros cuerpos. No sabemos qué separa la vida de la muerte.

La historia que Claudia me contó esa noche tuvo lugar en un pueblo del sur cercano a Algeciras, adonde fue con una amiga a pasar unos días. Los padres de la chica tenían allí una casa de verano y las dos iban a estar completamente solas. El pueblo tenía un pequeño puerto en que se mezclaban las embarcaciones deportivas con las barcas de los pescadores que faenaban en las aguas cercanas.

Era una noche de agobiante calor, continuó Claudia. Hacía mucho viento y la gente buscaba lugares donde refugiarse. Mi amiga y yo llevábamos dos vestidos muy cortos que apenas podíamos mantener en su sitio, y los pescadores nos decían cosas al pasar que nos hacían reír. Era el viento de levante que portaba consigo el calor del desierto. Allí decían que ese viento traía con él la locura, y la gente se volvía irritable cuando soplaban. Nos refugiamos en unos soportales. Yo, en esa época, era bastante pánfila. Estaba estudiando Filosofía y Letras y aún mantenía mis vínculos con las monjas del colegio. Pero era una chica guapa y, a pesar de mi timidez, me moría de ganas de amar y de tener aventuras. Los soportales resultaron ser la lonja del pescado. Los pescadores habían extendido en el suelo los peces y recibían ofertas por ellos. Había un pez muy extraño, enorme e informe, al que aún se sentía respirar y cuya mirada hablaba de esa vida misteriosa que hay en los abismos del mar. Y allí, justo detrás de nosotras, mirándonos sin pestañear estaba un muchacho. Nos sacaba la cabeza y era de una blancura casi sobrenatural. A mi amiga se le cayó el bolso al suelo y él se agachó a recogerlo. Tenía las manos heladas y se sobresaltó cuando se lo dio.

Volvimos a verlo en el puerto. El viento había cesado y el cielo estaba

lleno de estrellas. Había allí un mendigo y me acerqué a darle unas monedas. Mi amiga vino en mi busca y me susurró al oído que el muchacho de la lonja estaba detrás de nosotras sin quitarnos ojo. Continuamos nuestro paseo hasta el pueblo y le perdimos de vista. Un hombre joven estaba tocando en una plaza canciones latinoamericanas y nos detuvimos a escucharle. Una de las canciones hablaba de las pequeñas marcas que tienen los cuerpos que amamos. La mujer que le gustaba tenía un lunar junto a la boca y el cantante le pedía que se lo guardara para él. Le pedía el lunar, pero lo que quería era su boca.

Había allí un bar y nos sentamos en la terraza. El muchacho de la lonja no tardó en aparecer, pues nos estaba siguiendo. Se acercó a nuestra mesa y nos preguntó con gestos si podía sentarse. Era muy guapo y tenía unas manos grandes y delgadas, que puso delicadamente sobre la mesa. Nos habló en una lengua que no habíamos oído nunca, y pronto comprobamos que tampoco él sabía una palabra de la nuestra. Mi amiga y yo chapurreábamos el francés, pero tampoco así pudimos entendernos. Empezábamos a desesperarnos cuando se puso a mover las manos. Tenía el poder asombroso de hacerse entender con ellas y en un momento nos había explicado que venía de un país lejano del norte de Europa y que iba a hacer noche allí antes de coger el barco que le llevaría al otro lado del estrecho. Viajaba a África para conocer el desierto. Nosotras le mirábamos maravilladas. No tanto por la facilidad con que se hacía entender, sino por el esplendor de los gestos con que lo hacía. Aquellas manos hablaban de un cuerpo distinto, un cuerpo escondido en el interior del otro, capaz de llevarnos a ese mundo insensato y libre que promete el deseo. ¡Cómo no mirarlo, cómo no estar pendiente de lo que quería, de adónde te podía llevar! Era como esos bellos bandidos de las leyendas por los que las muchachas se dejan raptar, pues ya se sabe que el corazón no puede vivir sin algo por lo que penar y sentirse curioso. Mi amiga fue a buscar un papel y un bolígrafo y, tras escribir en él nuestros nombres, se lo tendió a él para que escribiera el suyo. Se llamaba Ingman y nos dijo que al día siguiente tomaría

el ferry para Tánger. Estaba buscando un lugar donde pasar la noche. Mi amiga me susurró al oído que podíamos invitarle a dormir en nuestra casa. Iba a contestarle que no, que no lo conocíamos de nada, pero ella ya se me había adelantado y le hizo ver con gestos que podía venirse con nosotras. Un grupo de chicos y chicas empezó a llamarnos. Allí cerca, un poeta iba a leer sus versos y nos animaban a ir. Era un lugar pequeño, atestado de gente. El poeta era un hombre mayor, que esperaba en un rincón. Leyó varios poemas. En uno de ellos hablaba de una mujer alta que lo llevaba de la mano «a una ciudad verdadera / que vive en otro tiempo». Y añadió: «Quiero avanzar / por los paseos abiertos / en parques donde juegan niños / que soñarán el Universo. / Quiero que mi sangre lata / junto a esa muchacha tan alta / que corre los senderos». Al terminar el poema, se puso a hablar de lo que era para él la poesía, que comparó con un palacio. No lo entendíamos bien, pues había mucho ruido y nos perdíamos parte de sus palabras. Dijo que los palacios de los reyes tenían que ver con el poder, los de los amantes y los de los niños con lo que no conocíamos. Un palacio con una parte maldita, eso era la poesía. Allí convivían reyes y sirvientes, gobernantes y decapitados, deleites y torturas, vivos y muertos. Nuestro amigo lo escuchaba sin pestañear, aunque no estuviera entendiendo nada. Me recordó a esos caballos que en los prados alzan la cabeza y miran a un lado y a otro buscando algo inaprensible para los ojos humanos. Salimos de allí arrastrándolo de la camisa, ya que por alguna razón que desconocíamos no se quería marchar. Habíamos bebido más de la cuenta y nos reíamos por cualquier tontería. Caminábamos abrazadas a él, recogidas bajo sus largos brazos, como esos animales que buscan refugio en el cuerpo de los más grandes. El cielo estaba lleno de estrellas, y nos entretuvimos buscando las pocas que conocíamos: Sirio, la Osa Mayor, Hydra, la Cruz del Sur. El rastro luminoso de la Vía Láctea formaba en el cielo una escritura de luz. ¿Estaba escrito allí lo que iba a pasar esa noche? Nos detuvimos en un jardín. Ingman buscó en su mochila y sacó tres bolas con las que se puso a hacer juegos malabares. No me había enamorado nunca pero me

imaginé que el amor debía de ser algo así: un muchacho bello que juega con las cosas, descubrir que la simple presencia de las cosas es más importante que las explicaciones que no tenemos.

Por fin llegamos a casa. Había dos dormitorios. Uno con dos camas, donde dormíamos nosotras; y el otro, con la cama matrimonial de los padres de mi amiga, que fue donde alojamos a Ingman. Nos enseñó el boleto para el ferry que salía de Algeciras al día siguiente, y le dijimos que nosotras le acompañaríamos al puerto. Nos sentamos a tomar otra cerveza. Yo tenía mucho calor y fui a darme una ducha. Pasé un buen rato bajo el agua y, cuando regresé, Ingman y mi amiga se estaban besando. No quise interrumpirles y me fui avergonzada a mi cuarto. Pero empecé a dar vueltas en la cama sin conseguir dormirme. La casa estaba en completo silencio y me preguntaba qué estarían haciendo. Me levanté y con el oído en la puerta permanecí un rato escuchando. Los oí hablar. Ninguno de los dos conocía el idioma del otro, ¿qué se podían estar diciendo? Los sentí levantarse y cruzar el salón entre risas en dirección al dormitorio de los padres. Oí el ruido de la puerta al cerrarse y regresé a la cama. Me parecía que mi amiga era una fresca y estaba obrando mal, pero a la vez envidiaba secretamente su atrevimiento y que en ese momento tuviera en los brazos a aquel guapo muchacho. ¿Qué sería que te acariciara y te llenara de besos, me pregunté, qué estar acostada en la cama y sentir su cuerpo junto al tuyo? Oí a mi amiga gemir, cada vez con más intensidad. Sus sonidos recordaban los maullidos nocturnos de los gatos. Callaron un rato para empezar enseguida de nuevo. Y esta vez los ruidos y los gritos fueron más fuertes y extraños, como si se mezclaran en ellos el placer y el dolor. Cuando cesaron yo estaba completamente desvelada. Hacía un calor insoportable y daba vueltas y vueltas en la cama incapaz de dormir. Tenía la garganta seca y fui a la cocina por agua. Acababa de servírmela cuando oí ruidos a mi espalda. Era Ingman, que estaba en la puerta. También él se había levantado. Le pregunté con gestos si quería un vaso de agua y me dijo que sí. Estaba completamente desnudo pero se comportaba como si no le importara

que le viera así. Yo nunca había visto a un hombre desnudo. Había visto a niños, pero no a hombres hechos y derechos. No había visto sus sexos. Había tenido como es lógico mis sesiones de caricias y besos y había sido consciente en los bailes de las erecciones de mis compañeros, pero esa era toda mi experiencia en ese campo. Iba a despedirme de Ingman, para regresar a mi cama, cuando algo inexplicable me retuvo. Pensaba en lo que había estado oyendo minutos antes. En los gemidos de mi amiga, en las palabras que se decían. Ninguno de los dos entendía la lengua del otro, entonces ¿de qué hablaban? Ingman estaba radiante, iluminado por las luces del patio, y supuse que alguna chica le estaría esperando en su país cuando regresara. Ella tendría toda la vida para mirarle y estar a su lado y yo sólo tenía aquel momento. Le pregunté con gestos si tenía hambre y me dijo que sí. En el frigorífico había unos sándwiches y unas cerezas que habíamos comprado esa tarde. Lo llevé todo a la mesa y puse dos platos en los extremos, uno para él y otro para mí. Ingman se comió enseguida los sándwiches. Le tendí uno de los míos, que no había tocado, y también se lo comió. Se quedó mirando el otro y también se lo di. Me gustaba ver cómo devoraba los sándwiches de dos bocados. Qué será estar dentro de esa boca, pensé. Era como si alguien hubiera encendido una luz en un lugar que siempre había estado en penumbra y viera por primera vez lo que había en él. Me levanté por más agua y, al pasar a su lado, me tomó de la mano y me hizo sentar sobre sus rodillas. No sabía qué hacer. Vi el plato de cerezas y cogiendo dos que estaban unidas me las puse en la oreja. Lo hacíamos de niñas y jugábamos a que eran pendientes. Se movió un poco para acomodarme mejor y sentí la dureza de su sexo, el calor que desprendía. Luego tomó con los labios una de las cerezas que colgaban de mi oreja. Empezó a besarme el cuello con leves roces que me hacían cosquillas. Sentía su aliento cálido, y cómo me guiaba hasta ponerme a horcajadas sobre sus piernas. Volvió a hablar. ¿Qué dices?, susurré casi sin voz. Rodeé con mis piernas su cintura enganchando mis pies en las patas de la silla. Empezamos a besarnos. Nuestro beso fue lento y tierno, como si cada uno se alimentara de lo

que el otro guardaba en su boca. Quiero que me folles, le dije. Quiero tu polla dentro de mí. Me sentía con libertad para decirle cosas así, pues sabía que no me entendía. Mientras tanto sus manos se movían libremente bajo mi pijama. Me pregunto por qué en tales instantes nos gusta decir y escuchar palabras así, comportarnos como si no fuéramos los mismos que momentos antes han estado hablando tan formales en el salón. ¿Por qué cuanto más vulgares son esas palabras nos parecen más locas y bellas? Cuando quise darme cuenta, estaba desnuda en sus brazos. Por un instante, nos quedamos mirándonos mientras notaba su erección contra mi vientre. Me atrajo aún más hacia él y yo subí la pierna encima de su cadera para que pudiera introducirme su pene. Lo hizo tan despacio que casi pierdo la conciencia, lo sacó y lo volvió a meter lentamente, repitió ese juego hasta que mi cuerpo se rindió por completo, pues enseguida dejó de dolerme. Nuestros movimientos se aceleraron y la locura se apoderó de mí. No sabía dónde estaba, qué hacía, cómo era mi cuerpo, si estábamos en una casa o nos hundíamos en el mar. Su respiración se cortó por unos segundos y separé mis labios de su boca para mirarlo. Tenía los ojos abiertos y clavó su mirada en la mía, mientras sentía dentro de mí los pequeños espasmos de su pene. Le mordí el labio inferior mientras empezaba otra vez a moverse, entrando y saliendo de mí. Gemimos los dos hasta llegar a un orgasmo común. Me separé de sus labios y puse mi boca en su oreja besándola despacio, jugando con mi lengua como si no quisiera que aquello terminara. Me hablaba en susurros, sin dejar de sonreír. No necesitaba conocer su idioma. Hablaba de lo que habíamos hecho, de lo que había pasado entre los dos. Hablaba de ese lugar donde habíamos estado juntos y de lo que habíamos encontrado en él. Hablaba de esos tesoros que brillan en la noche de los amantes y que estos no podrán llevarse consigo cuando amanezca.

Me separé temblorosa de él y, tras recoger la ropa, me retiré a mi cuarto, sin atreverme a mirarle. Estaba tan agotada que nada más acostarme me quedé dormida. Cuando abrí los ojos alguien me sacudía por el hombro. Era mi amiga. La luz suave del patio iluminaba su cara. Daban ganas de acariciar su

piel, que parecía cubierta de un vello finísimo. Anda, ven, me dijo con un gesto de locura. Y tomándome de la mano me llevó hasta el dormitorio de sus padres. Ingman estaba dormido en la cama. Era increíblemente blanco. No parecía un hombre joven, sino una criatura que viniera de la profundidad de un lago, se parecía a aquel pez que habíamos visto en la lonja. Nos acostamos cada una a un lado suyo. Me di cuenta de lo alto que era, pues mis pies apenas le llegaban a las rodillas. Y deslizando mi mano por su pecho tomé su pene y empecé a acariciarlo. Me acordaba de lo que habíamos hecho en la cocina, y deseaba que volviera a besarme como entonces, volver a tenerlo dentro de mí. ¿A que te vas a ir?, le dije. Pero fue mi amiga quien lo atrajo hacia ella. Se abrazaron, la oí gemir, gritar de placer. Luego se volvieron hacia mí para acariciarme. La lentitud de aquellos movimientos me excitó de una manera que no había conocido nunca, y todo mi cuerpo se llenó de pequeños espasmos y temblores. No sabía a quién estaba besando, quién se abría paso en mi vientre, hasta que algo desconocido casi me hizo perder la conciencia. ¿Dónde estaba, de quién era la boca que tenía en la mía? Mordí dulcemente sus labios, le pedí que siguiera follándome. No había tomado precauciones y podía quedarme embarazada, pero no me importaba. Sólo deseaba volver a sentir aquel miembro tan hermoso entrando y saliendo de mí.

Ya por la mañana, y mientras mi amiga e Ingman salían a la calle a comprar algo para desayunar, yo me quedé ordenando la casa. Recogí los vasos y los platos que habíamos manchado. Hice nuestro cuarto y fui al de los padres de mi amiga y me quedé mirando la cama matrimonial donde habíamos pasado la noche. Las sábanas estaban revueltas y sentí deseos de llorar. Aquellos que habíamos sido esa noche dónde estaban, dónde sus cuerpos tan bellos y locos. Y comprendí que nada de lo que los hombres y las mujeres hacen cuando se acuestan juntos tiene que ver con lo que son y hacen en sus vidas normales, que ningún camino hay entre lo que sucede en esas camas donde se aman y el mundo al que regresan al despertar.



Claudia se recostó contra mí al terminar su historia y permaneció un rato en silencio con los ojos cerrados. Sentía el calor de su cuerpo, el sonido suave de su respiración, y deseé permanecer eternamente así. Pensaba en aquel muchacho, en la noche que Claudia y su amiga habían pasado con él, y me pareció que el mayor enigma de la vida no era la muerte o el sufrimiento sino la inasible felicidad. ¿Sabes qué son las canciones de alba?, me preguntó Claudia. Son un género de la lírica de los trovadores que describe el disgusto de los amantes que, tras pasar la noche juntos, deben despedirse al llegar la mañana. Los amantes, en esas canciones, no quieren que la noche termine, no quieren que amanezca porque entonces tendrán que separarse y temen descubrir que no podrán llevarse con ellos lo que encontraron en ese lugar secreto donde durmieron juntos.

Me miró entristecida, como si dudara si debía o no seguir hablando. Hay algo que no te he contado, continuó. La última noche que pasaste en casa, sentí el deseo de hacer el amor contigo. Me levanté de la cama y fui a buscarte al cuarto de estar, pero ya te habías ido. Regresaste por la mañana y me contaste que habías bajado al pueblo en busca de ropa limpia. Volvías recién afeitado y traías fruta, pan reciente y cruasanes para el desayuno. Me conmovió ver cómo te ocupabas de mí, pero paradójicamente la idea de hacerte mi amante me había abandonado. Es extraño eso, no desear lo que tienes, añadió meneando la cabeza.

Esa tarde, al llegar a casa, me detuve un rato frente al espejo. No fue verme viejo y cansado lo que me atormentó, sino la palidez de mi cara, sus rasgos angulosos, su expresión de amargura. Pensé en la historia que Claudia me

había contado de la noche que ella y su amiga habían pasado con aquel muchacho. Era la vida de los bellos, de los seres sin conciencia, la vida de las graciosas marionetas, siempre movidas por fuerzas de las que no eran dueñas. La vida de Endimión, el bello pastor al que Selene, la luna, visitaba mientras dormía. Yo era el oculto entre los matorrales, el que espiaba a los pájaros. ¿Para qué quería conocer sus costumbres, identificar los lugares donde ponían sus nidos, el sonido de sus cantos, si nunca podría aspirar a su felicidad?

Vimos una bandada de correlimos. Surgieron de los cañaverales volando a ras de agua y remontaron el vuelo como una nube de humo arrastrada por el viento para volver a estirarse más allá en líneas caprichosas. Le hablé a Claudia de aquellas aves zancudas, no demasiado agraciadas, por las que sentía predilección. El nido sólo era una leve depresión de terreno revestida de hierba u otros vegetales, y los huevos eran incubados por ambos progenitores. Se alimentaban de insectos, crustáceos, gusanos, moluscos y, cuando estos escaseaban, de ciertas plantas. No siempre anidaban en el suelo. A veces utilizaban los nidos abandonados de otras aves, incluso nidos de ardillas.

Claudia estaba muy cansada y abandonamos la ría para tomar una cerveza en El Pájaro Amarillo. Empezaba a lloviznar y la inmensa playa de Oyambre estaba desierta. Me contó que, estando yo aún en el hospital, Óscar se presentó en su casa a media semana y la sorprendió con Blanchard. Había bebido y se puso violento y desagradable. Él y Blanchard terminaron discutiendo y casi llegan a las manos. Cuando logró separarlos, le pidió a Óscar que se fuera. No soportaba sus ataques de celos, que se comportara como si ella fuera una propiedad suya que pudiera coger y tomar a su antojo. Blanchard también quiso irse pero Claudia lo convenció para que no lo hiciera, había bebido más de la cuenta y no debía conducir. Estaba de un humor excelente, como si aquel forcejeo lo hubiera rejuvenecido, y se pasaron la noche hablando. No de pintura, sino de las palomas, su gran afición. Le habló de lo hermoso que era verlas regresar. Se pasaban días enteros fuera de casa y una noche las sentías revolotear en el jardín y, al ir al palomar, las encontrabas acostadas

plácidamente en sus nidos, como si todo lo perdido, antes o después, tuviera que regresar a ti.

Pero eso no es cierto, le dijo Claudia, las cosas que se van nunca regresan. Lo hacen en nuestros sueños, le contestó Blanchard. La habitación estaba en penumbra y se oía, a los lejos, el rumor del mar contra los acantilados. Aquella fuerza ciega ¿por qué se empeñaba en golpear sin descanso la pared de roca?, ¿por qué nunca cesaba? Su tristeza era igual de obstinada. Inesperadamente, Blanchard le preguntó si el niño de las fotografías era su hijo. Y le dijo que Óscar le había hablado del accidente una tarde que habían coincidido en Comillas. ¿Y qué más te contó?, le dijo ella visiblemente irritada. No podía soportar que Óscar le fuera contando su historia al primero que se encontraba. Que te sentías culpable de lo que pasó, continuó Blanchard. Claudia se quedó callada. Fue un accidente, insistió Blanchard, no fuiste responsable de lo que pasó. No es cierto, protestó. El niño estaba acostado y no quería levantarse, pero yo lo llevé a la fuerza hasta el coche donde se acurrucó para seguir durmiendo. Fue mi orgullo quien lo condujo a la muerte.

Y se puso a hablarle de su hijo y de su matrimonio. Había conocido a su marido en Valladolid. Daba clases de teoría de la música y ella empezaba a preparar su tesis. Coincidían en el comedor y se iban a tomar café a alguno de los bares que había alrededor de la facultad, donde se quedaban horas hablando. Fernando era diez años mayor que ella. En uno de los cafés había un piano y él lo tocaba para complacerla. Se quedaban hasta las tantas hablando, muchas veces de filosofía. Recordaba un pasaje de Nietzsche. Hablaba de esos rebaños que ignoran lo que es el ayer y el hoy, que comen, descansan y van felices de un lado para otro buscando la hierba de los prados. Así era ella entonces, iba donde Fernando la llevaba, sin tener otra cosa que ofrecerle que su propia felicidad. Acudían a conciertos y obras de teatro; viajaron a Viena, donde asistieron varias veces a la ópera; fueron con frecuencia a París y recorrieron sus museos y sus jardines de arena blanca. Pero se quedó encinta. Fue un descuido, pues ninguno de los dos lo quería. Ella estaba muy

enamorada y, tras el sobresalto inicial, pensó que Fernando se sentiría feliz al saberlo. Mas este le propuso abortar. Deseaba un hijo tanto como ella, pero era mejor que esperaran un tiempo, ya que ahora les complicaría la vida. Ella tenía que terminar la tesis y él no podía descuidar sus conciertos ni sus conferencias. Llevaba años trabajando y, ahora que empezaba a percibir los frutos de ese esfuerzo, no podía arriesgarse a que aquello por lo que había luchado se pudiera echar a perder.

En aquel pasaje de Nietzsche el hombre se volvía hacia el rebaño y le preguntaba al animal: ¿Por qué no me hablas de tu felicidad y únicamente me miras? Pero cuando el animal se disponía a responderle, se olvidaba de lo que iba a decirle y continuaba sin responder. Pero no era cierto que los animales no contestaran a los hombres, le dijo Claudia a Blanchard. Les respondían con sus miradas, con su cuerpos, con sus crías, les pedían que no les hicieran daño. También ella lo había hecho. Su marido le había preguntado por su felicidad y su respuesta había sido aquel hijo que no sabía de dónde venía. Era él quien no había querido escuchar lo que le decía. Estaba demasiado absorto en sí mismo, en sus propios intereses, para aceptar que alguien viniera a interrumpir la única historia que le interesaba escuchar: la suya. Un día se lo reprochó. Fernando le había hablado largamente de su trabajo, y cuando ella quiso contarle algo que acababa de sucederle a una de sus amigas, vio cómo se distraía y no le hacía caso. Tus historias nos interesan a los dos, le dijo con desconsuelo, las mías sólo a mí.

Decidieron abortar. Fernando tenía que hacer un viaje a Alemania y, a su regreso, se reunirían en Lisboa, donde les habían dado la dirección de una clínica que ofrecía todas las garantías. Ella viajó a Lisboa en un tren nocturno que salía de Valladolid. Habían quedado esa misma mañana en un hotel céntrico, con la intención de dirigirse sin demora a la clínica, pero ella no fue a la cita. Llegó a Lisboa y se quedó en la misma estación, esperando la salida del tren que la devolviera a España. No quería ver a Fernando, porque esa noche, durante el viaje, había pasado algo que lo cambió todo. En su

compartimento había un anciano y una madre con un niño de seis años. Estuvo jugando con el pequeño hasta que, cansados del viaje, todos se fueron durmiendo. Se despertó poco después y el niño no estaba en el compartimento. La madre y el anciano seguían dormidos y ella se levantó en busca del pequeño. El tren iba muy deprisa y tenía que avanzar apoyándose en las paredes para no caerse. Vio al niño a través del cristal. Estaba en la plataforma del vagón, en medio de un ruido infernal, ya que las puertas exteriores permanecían abiertas. El niño se apartaba de una de ellas sin reparar en que se acercaba a la que tenía a su espalda. Todo sucedió muy deprisa. Ella le cobijó en sus brazos un instante antes de que se precipitara al vacío. Cuando lo llevó de vuelta al compartimento, tanto la madre como el anciano continuaban dormidos. El niño se acurrucó al lado de su madre, inconsciente del peligro que acababa de correr, y ella se los quedó mirando a los tres. El niño dormía en el regazo de la madre, y la madre lo hacía recostada sobre el hombro del anciano. Cada uno protegía con su cuerpo a otro más pequeño, como ella hacía con la criatura que lentamente se formaba en su vientre. Veía al niño precipitándose en el vacío, succionado por la violenta corriente de aire, mientras el tren se alejaba, y veía su pequeño cuerpo inerte abandonado junto a las vías en la oscuridad de la noche. De pequeña, una vecina suya se había suicidado tirándose al tren, y ella, que entonces tendría unos ocho años, se asomó a la ventana cuando estaban recogiendo su cuerpo. El tren le había seccionado uno de los brazos y lo vio varios metros más allá, escondido entre los matorrales. Y deseó que los policías no lo encontraran para quedárselo ella. Fue ese torbellino de imágenes lo que le hizo cambiar de idea respecto al aborto y regresar a Valladolid huyendo de su marido, aunque esto nunca lo hablaría con él. Porque ¿qué le habría podido decir? ¿Que si había salvado a aquel niño cómo no iba a salvar al suyo? Pero no, se trataba de algo más difícil de explicar. Porque era como si el niño que ahora vivía en su pensamiento no fuera el que había salvado, sino el que se había caído del tren. Y como si dejar vivir al suyo

fuera como recoger al otro en secreto, como había soñado hacer con el bracito seccionado de su vecina, y llevárselo a su casa para vivir juntos una vida que sólo a ellos pertenecía.

Regresó a Valladolid y se dirigió a la casa que compartía con su marido para recoger sus ropas y sus libros. Se fue sin dejarle ni siquiera una nota. Fue en ese tiempo, mientras avanzaba su embarazo, cuando preparó las oposiciones a profesora de instituto, que sacó ese mismo año. Cuando nació el niño, Fernando se presentó inesperadamente en el hospital. Se había enterado por una amiga común de dónde estaba y fue a verla con un ramo de flores, y le pidió perdón. Volvieron a vivir juntos. Fue la época en que fueron más felices. Fernando era de esos padres que no se conforman con mirar a sus hijos sino que les cambian los pañales y les dan de comer, que cuando se despiertan llorando en la noche corren a sus cunas para tranquilizarlos. Y ella los miraba complacida a los dos, como si fuera la guardiana de ese milagro.

No volvieron a hablar del viaje a Lisboa, ni le contó nunca lo que había pasado esa noche en el tren. Tampoco se lo dijo a la madre o al abuelo del niño, cuando se lo llevó de vuelta al vagón donde dormían. En parte, porque habría sido como reprocharles su descuido; y, en parte, porque allí había algo que no se podía contar. La vida estaba llena de historias así, historias cuyo sentido desconocíamos. Los cuadros de Blanchard eran como esas historias. No explicaban nada, no servían para entender el mundo. Hundían sus raíces en la vida, y de ahí esa proliferación en ellos de criaturas imperfectas, pues lo imperfecto era siempre superior a lo perfecto y acabado. Sí, eran como la historia del niño del tren. No del niño que salvó y que llevó de vuelta con su familia, sino el que se quedó atrás en la noche. Su cuerpecito entre las vías era como el brazo amputado de su pobre vecina, pero también como la criatura minúscula que entonces llevaba en el vientre. Seres perdidos, restos olvidados, criaturas a medio formar, aquello que teníamos que traicionar para transformarnos en esos pequeños propietarios de la nada que éramos todos. Porque ¿acaso podíamos ser dueños de nuestra vida?

La historia del tren se la contó a Blanchard la noche que este pasó en su casa tras su incidente con Óscar. Acababan de cenar y estaban en el porche de la casa. De las montañas se elevaban columnas de bruma y a lo lejos planeaba un gran pájaro, sin mover las alas, como si se mantuviera milagrosamente en el aire. Apareció la luna y, una a una, como velas que fueran encendiéndose empezaron a brillar las estrellas. Claudia se echó a llorar y Blanchard la estrechó entre sus brazos. Nada podía consolarla. Era como si todas las lágrimas que había ido acumulando hasta ese momento se hubieran conjurado para brotar a la vez. Todas tenían que ver con su hijo. Se acordaba de su felicidad, de aquellos días interminables en que todo les hacía reír y no podía dejar de llorar. Sabía que antes o después tendría que olvidarse de eso para seguir viviendo, pero ¿lo quería hacer? ¿Acaso el mundo de sus obligaciones, el de su racionalidad, el de su ser adulto, era más real que el de su memoria? No, no lo era. Incluso ahora que su hijo estaba muerto, la vida que tenía que con él era infinitamente más plena y real que la que tenía, por ejemplo, con sus compañeros en el instituto, y, sin embargo, sabía que tenía que renunciar a esa vida. Hacer lo contrario sería como haber recogido el brazo amputado de la muchacha y vivir en secreto con él.

Pero ¿quién decía que no podía hacerse eso? ¿No había, de hecho, hombres y mujeres que lo hacían? Bastaba con cruzarse con ellos para percibir en sus ojos el mismo brillo de locura. Todos guardaban miembros así, restos perdidos de otras vidas que guardaban en secreto. Sabían que el amor se había ido, que no podía existir para ellos en este mundo, y sin embargo lo seguían buscando.



No tardó en darse cuenta de que se estaba alejando de su marido, continuó diciéndole Claudia a Blanchard. Él tenía su música, sus clases, su carrera universitaria, aquellos congresos que lo llevaban sin descanso de una universidad a otra; y ella sólo a su hijo. Salía corriendo del trabajo para ir en su busca y se pasaban juntos el resto del día. Fernando le recriminaba que le diera todos los caprichos, pero ella era feliz haciéndolo. Una vez tuvieron una discusión ridícula. Fernando compró una cajita de juanolas y el niño le pidió una. Se la negó aduciendo que aquellas pastillas no eran golosinas y que no le iban a gustar, lo que no convenció a Daniel, que siguió insistiendo para que se la diera. Fernando se enfadó con el niño, y a ella le dio la risa y le soltó una de sus maldades. No me digas que te importa que eche a perder una de tus juanolas. Se trataba de un golpe bajo, pues Fernando era extraordinariamente tacaño y todo le parecían gastos superfluos, al contrario que ella que no hacía más que gastar y que regalaba cuanto tenía. Fernando se puso hecho una furia y le explicó que lo importante no era la juanola en sí, sino ese constante ceder ante la voluntad del niño, la ausencia de un criterio firme que les permitiera educarle como alguien responsable, capaz de vivir entre los demás en vez de volverse un monstruo de egoísmo. Pero ella no creía en eso. No creía que estuviera mal mimar a los niños. Creía que el peligro para un niño no eran los mimos excesivos sino la falta de amor. Y el amor era pródigo, carecía de planes, sólo florecía en el presente. Era el reino de la gloriosa inmadurez, vivir con bracitos amputados, niños que se caían de los trenes y cosas así. Y al día siguiente se cobró su venganza. Fue a buscar a Daniel al colegio y compraron en la farmacia una caja de juanolas.

Pero Fernando tenía razón y a Daniel no le gustaron. Entonces hizo algo que nunca debió hacer, pero ella era mala y no podía aceptar que Fernando siempre se saliera con la suya. Y le dijo a su hijo que tenía razón y que las juanolas eran un asco y que lo que iban a hacer era tirarlas. Se detuvieron en la primera alcantarilla que vieron. Acababa de llover y aún había agua en sus bordes. Vaciaron allí la cajita. Los pequeños rombos de regaliz brillaron en contacto con el agua y nunca le parecieron más hermosos que cuando se deslizaron por el sumidero. Seguro que allá abajo, pensó, habrá criaturas que las sepan aprovechar.

Esa noche, cuando se quedaron a solas, tras acostar al niño, se avergonzó de lo que había hecho. Fernando estuvo además muy cariñoso y después de la cena tocó el piano para ella. Siempre la conmovía escucharle. Era así como se había enamorado de él y todavía ahora cuando lo oía tocar sentía renacer los mismos sentimientos de asombro y gratitud. Al comienzo de conocerse, Fernando le había contado la historia de un tirano de la antigüedad que había inventado el más perverso de los artilugios. Un toro de bronce, hueco por dentro, en el que se metía a los condenados. Se ponía al fuego y los gritos de dolor que emitían estos al abrasarse se transformaban al salir en el más bello de los cantos. Se lo recordó esa noche cuando estaban acostados. Le dijo mientras lo besaba que era como aquel tirano. La maltrataba y ella sólo podía hacer que cantar. Desde el principio fue así. La suya había sido la historia de tantas mujeres que buscan a un hombre seductor y seguro de sí mismo para que las proteja y las haga felices. Todas querían estar con un ladrón, alguien capaz de robar la vida para dársela a ellas. Y la vida que Fernando le entregaba era su música. Fue eso lo que pensó la primera vez que lo vio tocar el piano. Esos dedos, qué harán cuando recorran tu cuerpo, se dijo al verlos saltar sobre la teclas.

Nada era una sola cosa, ninguna vida cabía en una sola historia. Y Fernando, el profesor obsesionado por su carrera académica, el hombre que al llegar a casa tomaba nota de todo lo que había gastado, era un delicado amante

en la cama. Y no es que le perdonara por ello todo lo que le hacía durante el día, que le perdonara su despotismo, su empeño en organizar su vida y la de su hijo, en corregir sus pequeñas locuras, pero era como aquel tirano de la antigüedad y tenía por las noches la virtud de transformar en música toda aquella tristeza. Calla, no hables, le decía con sus caricias, recuerda que tu misión es cantar.

¿Es eso lo que se os pide a los artistas, que no dejéis de cantar?, le preguntó entonces Claudia a Blanchard, Pero ¿qué pasa si además queréis hablar? Blanchard la miraba en silencio. Era como si hubieran salido los dos a mar abierto flotando en una barca sin preocuparse de lo que les pudiera pasar. En ese instante, me dijo Claudia, supo que Blanchard se había enamorado de ella. Los hombres se volvían transparentes en momentos así. Eran entonces como Moisés en la montaña, contemplando la vida que nunca tendrían.

Pero también ella tenía dos caras. La de la pobre mujer que evocaba el tiempo perdido de felicidad con su hijo, y la de esa otra que desde el primer momento había querido seducir a un pintor famoso al que admiraba. Porque todo lo que estaba diciendo, ahora lo sabía, tenía por único objetivo ese propósito. Era eso lo que la había movido a hablar del niño del tren y de aquel brazo amputado junto a las vías, consciente de que a Blanchard esas historias le iban a gustar y porque ella siempre había querido hablar además de cantar. O mejor aún, que hablar y cantar fueran lo mismo, que es lo que pasaba cuando amabas a alguien.

Esa noche, tras hacer apasionadamente el amor con Fernando, y aún temblando por el placer que había sentido, se sinceró con él. Estaba muy arrepentida por su pequeña venganza y le contó lo que había hecho con las juanolas. ¡Ay, pobres amantes! Más les valdría no hacerse confianzas en momentos así. Piensan que la intimidad que han sentido los protege de la desdicha, pero se equivocan y nunca son más vulnerables que entonces, pues se vuelven transparentes y no saben mentir. Y, aunque Fernando guardó silencio esa noche, lo cierto es que se sintió realmente ofendido por lo que le

contó, y unos días después, en medio de una discusión, le soltó lleno de ira que nunca le perdonaría que le hubiera ridiculizado ante su hijo.

Claudia no había tenido una vida fácil. Su madre se había muerto muy pronto y su padre, que era viajante, la dejó a cargo de una hermana suya. Su tía era medio monja y la educó con extrema severidad. Durante su estancia en la universidad estuvo cerca del partido comunista, pero terminó a la gresca con ellos. No soportaba su rigidez, sus consignas, su gregarismo. Intervení en las asambleas con vehemencia, y contestaba a los profesores en clase, lo que le valió un expediente que la tuvo unos meses fuera de la universidad. Leía sin parar textos políticos, pero también literatura europea: Franz Kafka, Herman Bloch, Witold Gombrowicz, Albert Camus, Cesare Pavese. Y participaba en revistas clandestinas con artículos tan feroces como en ocasiones injustos. Tras su expediente, la admitieron en la Universidad de Valladolid, y el hecho de que allí nadie la conociera le hizo descubrir el placer de no ser nadie. Se dedicó a estudiar, decidida a concluir cuanto antes su carrera y su doctorado para conseguir un trabajo que le permitiera vivir sin depender de nadie. Fue cuando conoció a Fernando y se enamoró de él. Estaba cansada de las rencillas, de los manejos para tener el control de las asambleas, de las reuniones clandestinas y los sueños totalitarios. Entre sus compañeros de clase había un enano. Era muy rijoso y al menor descuido tocaba el culo a las chicas. Ella le daba buenos sopapos, pero a la vez le divertía que no ocultara sus verdaderas intenciones como hacían sus otros compañeros. Y por eso quedaba a menudo con él, aunque le hacía prometer que tendría las manos sobre la mesa.

Su idilio con Fernando duró justo el tiempo que necesitaron para conocerse de verdad. Y entonces también se rebeló contra él. Le molestaban sus cálculos para potenciar su carrera académica, sus pactos vergonzosos con otros catedráticos, la falta de riesgo en sus ponencias y artículos, el que hubiera hecho de la música, para la que estaba tan dotado, una simple habilidad que exhibir ante los demás. Le molestaba su cada vez más evidente tacañería, que

le llevaba a tomar nota en un cuaderno de todos los gastos que hacían y acusarla un día sí y otro también de ser una manirrota.

Al nacer el niño y volver a vivir juntos todo fue de mal en peor. Llegaron prácticamente a convivir sin hablarse. Y entonces fue su hijo quien vino a llenar el vacío que sentía. Atenderle le ocupaba gozosamente todas las horas. Se pasaban el día en la calle, deambulando de un lado a otro sin una meta fija, como hacían los animales. A Fernando esto le sacaba de quicio, decía que se estaba abandonando y que aquella entrega malsana a su hijo le había hecho hasta olvidarse de su tesis. Y era cierto. Iba a los cumpleaños y con quien quería estar era con los niños, pues a los padres y a las madres no los soportaba. Si acompañaba a Fernando a algún congreso dormitaba durante las ponencias. Tampoco le gustaba la gente que iba a los conciertos o a los estrenos de los teatros. Eran como esas bandadas de flamencos que se posan en las lagunas con sus patas estiradas diciéndole al mundo lo delicados y elegantes que son. Su niño la salvaba de todo eso. Nunca había sabido qué era la inocencia, y ahora la tenía ante sus ojos.

En aquel libro sobre la obra de Blanchard que Claudia había comprado en Santander había un cuadro que la había impresionado. En él se veía a un pequeño de unos ocho años en una cocina. Era un niño en apariencia normal, sin deformidad o tara alguna, que miraba las cosas como si no las reconociera, o como si reconociéndolas no pudiera hacerlas suyas. Y supo que se trataba de un niño muerto. Un niño que regresaba a los lugares en los que había vivido y que todo lo miraba con la tristeza de quien sabe que nada de eso podría volver a ser suyo otra vez. Y entonces pensó en su hijo, y en que era como si también él anduviera por la casa sin que le pudiera ver. ¡Pobres muertos, nadie reparaba en ellos, nadie les hacía caso, vagaban por el mundo ante la indiferencia de todos hasta que terminaban por ser olvidados! Los cuadros de Blanchard estaban llenos de criaturas así. Criaturas perdidas que no sabían adónde ir, cuerpos donde se celebraban las bodas entre la realidad y el sueño, entre el amor y la muerte.

Claudia se volvió entonces hacia Blanchard y le dijo: Deberías pintarme a mí. No tendrías que ponerme joroba, la llevo puesta. Entonces sintió ganas de besarle, de escapar de la locura buscando el calor de su cuerpo. Se levantó de la silla y, tras ponerse a su espalda, acarició sus cabellos. Los tenía increíblemente suaves, como si fueran de una mujer. Cerró los ojos y se acordó de aquellos conejos blancos de ojos rojos que tanto le gustaban de niña. Le pareció que Blanchard, a pesar de sus años, se les parecía. ¿Por qué no podía quedarse con él? Se sentó a horcajadas sobre sus piernas y buscó sus labios con los suyos. Se besaron suavemente pero cuando ella quiso ir más lejos y empezó a devorarle la boca —el amor siempre atraía a los hijos y las

hijas de los ogros—, él la rechazó. No, esta noche no, le dijo. No, al menos, así. Se refería a que estaba borracha y a que su estado emocional era tan desastroso que cualquiera que hubiera pasado por su puerta podría haber hecho lo que quisiera con ella. Y puede que tuviera razón y que lo prudente fuera dejarlo como estaba.

Creo que se asustó de mi locura, de mi dolor, siguió diciéndome Claudia. Eduardo se separó de mí y yo le dije con maldad que entendía sus reservas, que una cosa era ser caritativo con los leprosos y otra muy distinta meterlos en tu cama. Era mi forma de pedirle que me salvara, que me salvara de mí misma, de mi tristeza. Eduardo se limitó a sonreírme, como si estuviera acostumbrado a soportar las bajezas de seres como yo. Iba a marcharse, pero se lo impedí tomándole del brazo. Por favor, le dije, quédate conmigo esta noche. Puedes dormir en el sofá. Todo me daba vueltas y si no hubiera sido por su ayuda probablemente me habría caído. Perdóname, murmuré mientras me abrazaba a su pecho. Me condujo a la cama. Sentí cómo me desnudaba lentamente para acostarme. Esta noche no, me repetía mientras lo hacía, esta noche no. Pero ¿habría más noches?

Amanecí bien entrada la mañana con un fuerte dolor de cabeza a causa del alcohol. Eduardo ya se había ido. Sobre la mesa había un dibujo. Lo había hecho mientras dormía, y me había dibujado a mí. Estaba acostada desnuda en la cama y las sábanas apenas cubrían mis caderas. Aquella mujer tenía mi rostro, pero no era yo. Era una mujer sin pasado, ovillada en su sueño. Una mujer que lo olvidaba todo al dormir, como les pasa a los niños.

Una vez, una pareja me pasó su cámara para que los fotografiara. Tendrían unos cuarenta años y, antes de posar, ella se volvió hacia su marido y le dijo con una sonrisa triste: Anda, mírame como si aún me quisieras. ¿Por qué las parejas se dejaban de querer? Pensaban que su amor duraría siempre y pronto descubrirían que todo lo que podrían hacer, si querían continuar juntos, era



aprender a soportarse el uno al otro. Pero Eduardo no me había dibujado así, sino como miramos al otro cuando aún le queremos.

Claudia y Blanchard quedaron esa tarde en Comillas, frente al palacio del marqués, y tomaron la dirección de La Rabia. A la izquierda de la carretera abundaban los maizales. Las plantas tenían casi su altura, y la brisa mecía las hojas vibrantes y húmedas. Ese maíz, pensó Claudia, de quién será. Era tan hermoso que parecía estar allí por alguna razón. Se volvió hacia Blanchard y le preguntó qué pensaba de ella. ¿Te parezco triste? Él le dijo que no le importaba que lo fuera. Me gustan las personas tristes, añadió. Y qué pasa si estoy loca, si he robado y la policía me viene a buscar. Te escondería con las palomas, le respondió riéndose. Podrías terminar en la cárcel también tú, le dijo. Era como si vagaran por un país que no habían visto nunca, donde nadie los esperara. Pero ¿cómo podrás olvidarte de lo que soy? No quiero hacerlo, le contestó Blanchard.

Esas fueron las palabras más cercanas al amor que pronunciaría nunca, añadió Claudia. Se estaba levantando viento y empezaba a hacer frío. La lluvia reciente se había acumulado en las hojas y cuando el viento las movía hacía caer sus gotas. Tú no sabes nada de mí, le dijo Claudia con una sonrisa, ni siquiera sé cómo te atreves a visitarme. Podría envenenar el café que te doy, podría darte pastas con vidrio molido para que te perforaran el estómago.

Llegaron a la laguna. La marea estaba alta y el agua amenazaba con inundar la bolera. Los árboles se reflejaban en su superficie y se oían las esquilas de las ovejas que pastaban en el monte. Vieron una pareja de cisnes negros. Surcaban impávidos las aguas con sus cuellos largos e interrogantes. Blanchard le dijo que en las mitologías nórdicas eran ellos quienes conducían la negra barca en que el hombre viajaba por última vez. Habían celebrado

hace tiempo una fiesta y, colgando de las ramas del guindo que crecía junto al agua, se balanceaban aún varios faroles descoloridos de papel. Su tiempo había pasado. Sólo eran los restos inanes de un momento de felicidad.

Claudia le contó a Blanchard la historia de aquella chica que hablaba del fin del mundo. Se había suicidado apenas una semana atrás y en el instituto todos estaban consternados. Era alumna suya y desde que había oído hablar de los graves peligros que corría la vida, a causa de la contaminación incontrolable que generaban los países industrializados, se había obsesionado con la idea de que el fin del mundo pudiera estar cerca. Esa obsesión encubría graves problemas personales. Sus padres se habían separado y la madre, con la que vivían ella y sus tres hermanos pequeños, apenas los atendía. La chica volvía andando a su casa con ellos, pues nadie los iba a buscar. Claudia era profesora suya y les pidió una redacción en francés sobre el cambio climático. Y la chica contó en ella cómo siendo una niña el monte se llenaba de luciérnagas. Una vez había tantas en un árbol que, al acercarse, echaron a volar sembrando de pequeñas luces la oscuridad. Pero las luciérnagas habían ido desapareciendo año tras año y ese verano apenas había visto ninguna. Si era cierto que se debía a la contaminación provocada por coches y fábricas, se preguntaba, por qué los hombres no hacían nada para evitarlo. El mundo está lleno de maldad, y Dios ya no puede sostenerlo, terminaba diciendo en su redacción. A Claudia le conmovió la sensible confesión y quiso hablar con la chica, pero esta dejó de ir a clase. Dos o tres días después se cortó las venas. No pensaba que lo hubiera hecho por el temor a que el mundo se fuera a terminar, pero la sola posibilidad de que esto hubiera podido incidir, aunque sólo fuera mínimamente, en su maltrecho estado de ánimo le hizo preguntarse por el tipo de mundo que estaban dejando a sus jóvenes alumnos. Un mundo sin dignidad, sólo movido por el afán del interés y el dinero.

Todo el instituto asistió al funeral, y ella durante la ceremonia se fijó en los hermanos de la chica. Estaban muy pálidos y permanecían sentados en el banco, quietos e inexpresivos, como niños de cera. Y se preguntó por qué las

cosas eran como eran, y si el fin del mundo no habría tenido lugar ya. ¿Podía pasar eso?, ¿que todos estuvieran muertos sin que se dieran cuenta?

Claudia se volvió a Blanchard y le dijo que debería pintar a aquella atribulada niña. Y añadió: Merece formar parte de tu colección de monstruos hermosos. Siguieron andando y, un trecho más allá, vio que Blanchard tenía los ojos llenos de lágrimas. Se oía el sonido de los grillos, de las remotas esquilas y del viento que agitaba las hojas y los farolillos de papel. Claudia le habló de las veces que había visto desde su casa a alguien vagando por la ría, y le preguntó si era él, ya que el coche que dejaba aparcado un poco más allá era como el suyo. Blanchard le dijo que era posible ya que a veces bajaba a ese lugar para pasear. Le gustaban los arenales, los troncos secos de los eucaliptos emergiendo de las aguas como estacas, la presencia de aquellas aves siempre asustadas, huyendo de cualquier ruido, como si sólo ellas supieran lo peligroso que es el mundo. Esperó a que continuara hablando, pero Blanchard no volvió a pronunciar palabra durante el tiempo en que aún estuvieron juntos.

Ya en su casa, pasó revista a todo lo que había sido su vida desde que le había conocido. Pensó en sus cuadros, llenos de seres tan luminosos como perdidos, en aquella casa aislada del mundo en que vivía y en lo que tenía que ser pasarse allí los inviernos sin apenas ver a nadie. Pensó en su soledad, en que hubiera dejado de pintar, en sus solitarias noches. Pensó en su charla en el instituto, cuando les había dicho a los alumnos, al hablarles de su tía, que había sido feliz en sus sueños e infeliz en la vida real. ¿Era eso lo que le pasaba a él? Pensó sobre todo en esa tarde, en su paseo por la laguna y en el momento en que las lágrimas habían asomado a sus ojos al contarle la historia de aquella niña que pensaba que estaban desapareciendo del mundo las luciérnagas. ¿Había un límite para lo que el amor podía soportar?, se preguntó.

Empezaron a verse con frecuencia. Blanchard aparecía al atardecer, con una botella de vino, y se quedaba con Claudia hasta bien entrada la noche. Una vez, ella se detuvo ante el espejo para arreglarse el pelo y Blanchard la abrazó por detrás. Tomó entonces una de sus manos y se la puso sobre el pecho, que Blanchard acarició. Se reflejaban en el espejo y supo que había vuelto a pintar, porque en la mano con que la acariciaba tenía restos de pintura. Se volvió para besarle, pero Blanchard se apartó de su lado. Soy un viejo, le dijo, no deberías besarme. Lo siguió hasta el sofá y se arrodilló frente a él. Y qué pasa si me gustan los viejos, le dijo acercando sus labios a los suyos. Y esta vez sí se besaron lenta y dolorosamente. Le costaba respirar y la penumbra del cuarto le hizo pensar que estaban sumergidos en aguas profundas con los ojos abiertos. Y qué si nos ahogamos los dos, pensó. De repente la tristeza y la mezquindad que la rodeaban dejaron de existir. Pensó que cuando se fuera de allí podría llevarse consigo algo que haría que todo lo que había vivido en esos meses mereciera ser recordado.

Blanchard le pidió que leyera. Habían cogido esa costumbre, leer libros en voz alta. Casi siempre era ella quien lo hacía. Tenía una bonita voz y Blanchard la escuchaba sin pestañear. A veces los libros los llevaba él. Esa noche fue *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. Su comienzo era uno de los más conocidos y hermosos de la historia de la literatura. «Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos

directos al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto.» Al llegar a este punto a Claudia se le quebró la voz y tuvo que dejar de leer. Blanchard le preguntó qué le pasaba, y ella no le contestó. Fue en busca de la botella de vino, porque no quería echarse a llorar. Por qué estamos tan solos, murmuró tras servir el vino en las copas. Se vio un momento en el espejo. Tenía ese gesto de andar perdidos que tienen los niños en la noche. Blanchard se quedó mirando las fotografías de su hijo, que estaban sobre el aparador. Tú no estás sola, le dijo. No sabes cuánta belleza hay aquí. Nadie le había dicho nada semejante. Tras el accidente todos se empeñaban en que debía olvidarse de lo que había pasado y empezar de nuevo otra vez, y ahora Blanchard le insinuaba que su hijo siempre estaría a su lado. Pero ¿se podía vivir con un muerto? No, no era cierto que lo bello nos pudiera salvar.

Estaban muy cerca y a Claudia le pareció sentir el calor que desprendía su cuerpo. Volvieron a besarse. Todo era doble, todo estaba dividido, día y noche, alegría y pena, inocencia y culpa. Ella misma era dos mujeres, la que quería ser amada y la que sólo pensaba en morir. Blanchard se la quedó mirando como si la hubiera visto en un sueño y se sorprendiera al encontrarla a su lado al despertar, y ella le ofreció de nuevo sus labios. Se separaron lentamente. Blanchard hizo ademán de irse pero ella le retuvo. Espera, aún no, le dijo. No quería separarse de él, y tomándole de la mano lo condujo a su cuarto. Su camisón estaba bajo la almohada y le pidió que lo cogiera. Se alegró de que fuera su camisón más bonito. Blanchard lo tomó para dárselo pero extendió los brazos para que fuera él quien se lo pusiera. Ya le había desabrochado varios botones de la blusa cuando puso los dedos sobre sus párpados para pedirle que siguiera haciéndolo con los ojos cerrados. Blanchard la obedeció y terminó de quitarle la blusa sin mirarla. Su sujetador se abrochaba por delante y le dejó buscar a ciegas el pequeño cierre en su espalda. Sólo cuando empezó a desesperarse lo ayudó llevando su mano al lugar adecuado. ¡Qué hermosos eran los juegos de los amantes! Jugaban a

escondese, a ocultar sus nombres, su pasado, siempre a la espera de que algo mágico pudiera producirse, de acceder a una realidad luminosa.

Cuando Blanchard se fue, ella se quedó pensando en la chica de las luciérnagas. En su funeral una profesora había leído los versos de un poeta inglés cuyo nombre no recordaba. «Lloramos porque alguien tan hermoso haya tenido una vida tan breve.» Pero ¿no era mejor así? ¿Morir cuando aún se era joven y hermoso? ¿De qué le había servido a ella sobrevivir a su hijo? Todo ese tiempo vacío e inútil, ese tiempo añadido a su verdadera vida, ¿para qué lo quería? Se acordó de una vez, siendo muy joven, en que estuvo a punto de morir en un accidente. Iba con un chico que perdió el control del coche en una curva. El coche se salió de la carretera dando dos vueltas de campana, y al salir vieron que estaban en el borde de un barranco y que sólo un milagro les había impedido caer en él. ¿Qué habría pasado si hubiera muerto entonces?, se preguntó. Y pensó en su hijo, en todo el tiempo que habían compartido, en la locura y el asombro que siempre acompaña a los niños, y pensó en la noche que acababa de vivir, en aquella escena tan tonta del camisón. Nada de eso habría podido ocurrir. ¿Era lo que había querido explicarle Blanchard al decirle que no estaba sola, que nunca lo estamos porque lo bello siempre regresa? Lo vio detenido ante la fotografía de su hijo y lo vio abrazándola por la espalda frente al espejo. Ha vuelto a pintar por mí, se dijo al recordar sus manos manchadas de pintura. Y por primera vez en mucho tiempo pensó complacida en la vida que tenía.

Blanchard nunca iba a verla los fines de semana. No deseaba alterar sus planes, si acaso quería viajar a algún sitio o recibir a algún amigo. Lo hacía cualquier otro día y, como tampoco le gustaba llamar por teléfono e iba sin previo aviso, le pidió que cuando ella no pudiera recibirle colocara en el pequeño tendal que había junto a su casa una prenda roja. Como la dama de las camelias, le dijo ella riéndose, cuando le propuso el extravagante plan. Pero vivía esperando esas visitas y nunca puso la señal que le impedía acercarse. Cuando estaban juntos leían libros, paseaban por la playa, iban a El Pájaro Amarillo y desde su terraza contemplaban el mar.

Todo esto sucedió mientras yo permanecía en el hospital. Blanchard se quedaba con Claudia hasta que anochecía. Le hablaba de la época en que había estado en París, de los pintores que había conocido. De su adoración por la pintura de Juan Gris, de quien decía que siempre incluía en sus cuadros lo que no vemos al lado de lo que vemos. Le hablaba de su tía, María Blanchard, cuya obra no era inferior a la de aquellos pintores extraordinarios, pero que había quedado relegada al olvido por su condición de mujer. De niño, escuchó a sus parientes muchas anécdotas suyas, como aquella del vestido de cuadros que había contado en el instituto y otras que tenían que ver con su obsesión por la pintura y con su búsqueda obsesiva de la belleza. En su casa había varias obras suyas y había crecido mirándolas. Él era muy pequeño y pensaba que la belleza era lo que nos protegía de los peligros: aquel mundo de ángeles guardianes y vírgenes prudentes, de racimos de oro y tiernas canciones de moritas que esperaban a sus enamorados. Pero había otra belleza, una belleza que tenía que ver con la oscuridad del mundo y de nuestro



corazón, y era de ella de la que hablaban las obras de su tía. El mundo está lleno de dolor, parecían decirte aquellos cuadros cuando los mirabas.

A Blanchard le gustaba visitar el pequeño puerto de Comillas y hablar con los escasos pescadores que iban quedando. Aquel puerto había sido el último puerto ballenero de la cornisa cantábrica y aún eran visibles en la costa las torres desde las que se avistaban las ballenas. Recorrían juntos las dársenas y se detenían en el dique del pequeño faro. Cuando soplabla el viento ella se cogía de su brazo buscando protección, mientras veían el regreso de los barcos. Le gustaban los hombres que iban en ellos, su generosidad, la nobleza con que se enfrentaban al desequilibrio entre su mundo pequeño y la desmesura del mar. Uno de ellos había perdido un brazo y aun así seguía saliendo a faenar y se enfrentaba a las duras tareas que le exigía la pesca. Blanchard le llamaba Achab, en recuerdo del capitán visionario. Cuando se emborrachaba se volvía pendenciero y peligroso, y Blanchard le recordaba una frase de *Moby-Dick*: Achab debe temer a Achab.

La tesis que Claudia nunca había terminado era sobre *Corazón sencillo*, una novelita de Flaubert. La leyeron una tarde en aquellas sesiones que dedicaban a la lectura. La historia de Felicidad, la abnegada criada que había vivido a la sombra de su señora, cuidando a los niños y ocupándose de las tareas domésticas, conmovió a Blanchard. Cuando Felicidad ya era una anciana, una familia de indianos se mudó a la casa vecina. Ella vivía pendiente de sus conversaciones animadas, de su música, de sus vestidos leves como el reflejo de las ramas en el agua. Los indianos tenían un loro. Lo habían traído de lejanas tierras y a Felicidad le fascinaban sus alegres colores, su voracidad, sus gritos desdeñosos, su mirada atrevida y desafiante. Pero los indianos, que no se habían adaptado ni a los inviernos ni al rigor de las costumbres de la comarca, decidieron regresar a sus tierras y le regalaron el loro a Felicidad, que desde entonces se transformó en su única obsesión. A tal punto que mandó disecarlo cuando murió y construyó para él en su propio cuarto un pequeño altar que pasó a convertirse en el centro de sus fantasías.

Claudia le contó a Blanchard que Flaubert pidió a un museo un loro disecado para tenerlo a su lado mientras escribía la historia. Gracias a él la sensible historia de una abnegada criada se transformaba en un misterioso poema sobre la necesidad de los sueños. Tal era la conclusión de su tesis. El arte no hablaba de lo que teníamos, sino de lo que nos faltaba. Eso representaba para Felicidad el loro de los indianos: lo que no había tenido ni podría tener nunca. La promesa de una transfiguración. Claudia llevaba el cabello recogido en una trenza que le rodeaba la cabeza y Blanchard extendió su mano para acariciársela, como esos niños que no pueden dejar de tocar lo que les gusta. Claudia se echó a reír. De qué te ríes, le preguntó él. De ti, de lo gracioso que eres. Ten cuidado, le dijo Blanchard, ya sabes lo que se dice. Le sonreía igual que un padre, que un esposo, con un amor como el que no había conocido hasta entonces. ¿Qué?, le preguntó ella. Que los que hacen reír a las mujeres, no las aman verdaderamente.

En esa época, Claudia y Blanchard se veían hasta tres veces por semana. Eran felices juntos y el tiempo se les iba sin notarlo. Pero al llegar la noche Blanchard se despedía invariablemente de ella. Eres como Cenicienta, le dijo Claudia una vez, siempre me dejas plantada en la mitad del baile. No entendía por qué si estaban tan bien, y cada vez parecía más interesado por ella, no había vuelto a repetirse la noche de los besos.

Una tarde Claudia le pidió que le hablara de él, de su pasado. Habían bajado al puerto, y el mar mecía los barcos de pesca como una madre que acunara suavemente a sus hijos para dormirlos. Era uno de esos días de niebla en que mar y cielo se funden y todo se vuelve blanco. Claudia le preguntó por su mujer, cómo la había conocido. Fue en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes. Había allí clases de dibujo con modelos que posaban desnudos para los alumnos. Su mujer era una de las aprendices. Una mañana el profesor le pidió que dibujara el desnudo de un chico, y algo pasó entre ellos porque este tuvo una erección que causó la risa de todos. Dos días después coincidió con ella en el bar. Vaya, le dijo, la chica que hace gemir de amor a sus modelos. Se puso roja como la grana y empezaron a salir. Compartieron un estudio. Pintaban a la vez y luego se mostraban el uno al otro lo que habían hecho y opinaban sobre ello. Decidieron casarse y esos primeros años fueron felices. Pero poco a poco aquello cambió, no sabía por qué. Surgió entonces el lado oscuro de su carácter. Empezaron a discutir, a decirse barbaridades. Ella era rencorosa y desconfiada. No olvidaba, vivía la vida como una confrontación permanente con los demás. Pasaron los años y se enamoró de un actor. Era un tipo ridículo y ególatra que iba por ahí con álbumes con los recortes de las críticas y noticias que habían salido en periódicos y revistas sobre sus actuaciones. Y lo dejó para irse con él. Pero apenas habían pasado unos meses cuando se presentó de vuelta en casa con su pequeña maleta. La casa era de los dos, pero ella prefirió llamar a la puerta como uno de esos familiares pobres que no tienen adónde ir. Y aquello le conmovió. Se esforzaron por empezar de nuevo, pero no fue posible.

Y tú, le preguntó entonces Claudia, que a esas alturas había bebido un par de copas de vino, ¿no tuviste amantes? Blanchard le contestó que sí, que había tenido varias. Eran admiradoras o pintoras que se acercaban a él atraídas por su fama, pero aquello apenas duraba ni tenía demasiada importancia para nadie. Pero se enamoró de una de ellas y, aunque nunca se engañó respecto a lo que podía esperar de su amor, todo se lo consentía, como consentimos a los niños sus perversidades. Porque aquella mujer egoísta e inconstante, que sólo pensaba en su propio placer, tenía el más letal de los dones: sabía cómo llevar a sus amantes a ese bosque maravilloso del que se habla en *Sueño de una noche de verano*, la comedia de Shakespeare. Allí estaban los senderos misteriosos de los sueños, las llamadas de la sexualidad, las metamorfosis, las sabias mentiras del amor. Esa vida dormida que hay en cada uno de nosotros y que sólo el hechizo del deseo, como la flor mágica del duende Puck, podía despertar.

Todo esto le dijo Blanchard, mientras retenía su mano entre las suyas como si fuera una criatura nacida en aquel bosque del que le hablaba.

Uno de esos días, hojeando el libro de reproducciones de los cuadros de Blanchard, uno de sus cuadros llamó la atención de Claudia. Se titulaba *Jardines imaginarios*, y estaba claramente inspirado en aquel cuadro francés de finales del siglo XVI en que se ve a una mujer tomando a otra de un pezón. Sólo que al contrario que este, tan rígido y frío, el cuadro de Blanchard rezumaba erotismo y malicia, y las dos mujeres se parecían. Una de ellas tenía los ojos inundados de lágrimas a causa del gozo, y la otra, la que la tomaba del pezón, la miraba embelesada, como si estuviera contemplando la imagen de su propio desvarío. Y Claudia tuvo la certeza de que la mujer que le había servido a Blanchard de modelo para pintar el cuadro era aquella de la que le había hablado.

Esa tarde cuando Blanchard fue a verla, ella le enseñó el cuadro y le preguntó si la mujer era la joven ardiente por la que había perdido la cabeza. Blanchard se rio ante la ocurrencia y, tras una larga pausa, se puso a contarle algo que le había sucedido en uno de sus viajes a Francia. Acababa de cruzar la frontera y al pasar cerca de Lourdes sintió la curiosidad de visitar aquel lugar tan frecuentado por los peregrinos católicos de todo el mundo. La piscina donde llevaban a los enfermos estaba en una explanada, al pie de una gran basílica de dudoso gusto, y en los alrededores había numerosas tiendas donde se vendían estampas, rosarios, figuras de la Virgen y frascos con el agua milagrosa. Habían transformado el lugar en un inmenso mercado, lleno de objetos absurdos, y se preguntó por el destino de aquella pobre muchacha que, tal como se decía en un folleto que daban allí, ni siquiera sabía leer. Compró un retrato suyo. No era hermosa, pero tenía los ojos encendidos de esas

criaturas cuya vida es la noche. A su regreso a España indagó un poco en su biografía y se enteró de que la encerraron en un convento, a cargo de una superiora tiránica que la maltrataba y que nunca la creyó, y que permaneció oculta en sus claustros hasta su muerte sin poder hablar de sus visiones. Murió con poco más de treinta años, en medio de grandes dolores a causa de un tumor en la pierna causado por una tuberculosis ósea, sin que apenas le hicieran caso. Años después, Blanchard pintaría un cuadro en que se veía a Bernadette en el convento. Estaba ante un gran muro de piedra en el que había hundido sus dos manos, como si siguiera buscando la pequeña gruta que guardaba el secreto de su misterioso encuentro.

No me digas, le interrumpió Claudia asombrada, que te crees esa historia. Por qué no, le contestó él. Las apariciones existen. La ventana estaba abierta y los árboles y el campo estaban bañados de luz. Tener a Blanchard a su lado le hacía sentirse feliz y desdichada a la vez. La otra tarde, continuó Blanchard, me preguntaste por qué había dejado de pintar. Es muy sencillo. No pinto porque he dejado de ver. Esto que llamamos cultura, con sus expertos, sus estudiosos y sus acólitos, es como la basílica y el mercado de fruslerías que levantaron para celebrar las apariciones de la pobre muchacha. ¿Sabes que Bernadette tardó mucho en hablar de la Virgen y que se refería a ella como *aqueró*, que en gascón, su lengua natal, sólo significa *aquello*? Hay que volver a la pequeña gruta, sólo importa lo que pasa en su oscuridad. Aunque me temo, añadió con una sonrisa, que el tiempo de las apariciones ya ha pasado en mi vida.

¿Y entonces yo qué soy para ti?, le preguntó ingenuamente Claudia. Blanchard no le contestó. Se levantó para ir a la cocina. Había dejado el lápiz sobre la mesa y ella se lo quedó mirando. Por qué no me ama tu dueño, le preguntó al lápiz con el pensamiento. Fue en busca de Blanchard, que aún estaba en la cocina, y se refugió en sus brazos. ¿Te parezco fea?, murmuró casi sin voz. No, eso no, le dijo. Entonces ¿por qué no me besas? Blanchard acarició su cabello. Eres mi hermana pequeña, ¿cómo iba a hacer algo así? A

las hermanas también se las besa. No, le contestó, sólo se las tiene en los brazos. Y se las lleva a la cama a dormir, añadió ella riéndose, aludiendo a la noche en que él le había puesto el camisón y acostado en la cama. Blanchard se quedó esperando y, al percibir su incomodidad, ella le animó a irse. Se había hecho tarde y tenía que regresar por una carretera sinuosa y oscura. Vivir era no saber qué hacer con la vida, pensó al verle perderse en la noche.

En uno de los cuadros de Blanchard se ve a una muchacha manca en el bosque. El brazo herido cuelga a un lado del cuerpo, mientras que el otro permanece tendido hacia una bola de luz que flota en el aire. A su alrededor, posadas aquí y allá, hay una bandada de palomas. Todo brilla a causa de esa bola misteriosa, las flores de los árboles, los ojos de las palomas, la cara de la muchacha. El cuadro se titula *Obligaciones diarias*, y en el catálogo de la exposición puede leerse a su lado esta frase de Blanchard: «Hacer visible lo que debió permanecer oculto, ¿no es la contradicción sin la que la pintura no podría existir?».

Fue en ese tiempo cuando Claudia empezó a notar que le faltaban cosas. Una cajita de música, una pulsera, un diccionario de francés, un zapato. Pensó en la mujer que le hacía la limpieza. Pasaba por la casa dos veces por semana y apenas se veían, pues solía ir en horarios de clase. Pero así como la caja de música y la pulsera podía entenderse que se los hubiera llevado ella, lo del diccionario resultaba más difícil de aceptar. ¿Y lo del zapato? ¿Para qué podía querer uno solo? Pero cuando le desapareció un sujetador y una falda que le gustaba mucho no pudo contenerse más y se lo reprochó. Terminaron discutiendo y la mujer, que negó ser la autora de los hurtos, se despidió orgullosa, lo que le hizo dudar de si habría sido justa al culparla. Pero ¿quién sino ella podía haber sido? Por un momento pensó en Blanchard, al que había dado una llave de la casa, aunque enseguida descartó la idea, pues ¿para qué podía querer su zapato y su sujetador?

Fuera culpable o no, los hurtos cesaron desde que echó a la mujer, lo que tranquilizó a Claudia respecto a la decisión que había tomado. Pero pasó algo



más desconcertante aún. Empezó a sospechar que entraban en la casa. Es verdad que a su vuelta todo estaba en su sitio, pero pequeños detalles le hicieron comprender que alguien había estado allí. Y esta vez pensó abiertamente en Blanchard. No se atrevió a preguntárselo, en parte por el temor a equivocarse de nuevo, pero, sobre todo, atraída en secreto por el deseo de que fuera cierto. Y le imaginó paseando por las habitaciones, demorándose en la contemplación de sus objetos y sus libros, visitando su dormitorio y pasando los dedos por la almohada en que ella dormía. Y recordó un cuadro que había en la capilla del colegio al que había ido de niña. Se representaba en él el momento en que Jesús al abandonar el sepulcro se encontraba con María Magdalena, que tendía las manos para acariciarle. Pero Jesús se apartaba de ella, como si en él hubiera algo incomprensible, tal vez fatal, que no debía tratar de comprender. Y era como si aquella escena de Blanchard entrando en su casa fuera algo así, y también él le pidiera que no preguntara, que no hiciera nada, que lo que andaba buscando no podía explicarse con palabras. Porque ¿qué hacía allí?, ¿qué quería de ella? Aún más, ¿por qué si sabía que siempre le esperaba anhelante prefería ir a escondidas, cuando no pudiera verlo? Puso pequeñas trampas. Una capa de polvo que revelara sus pisadas, hilos imperceptibles en las puertas y en los cajones para ver si los abría, pequeñas plumas que se desplazaran al pasar a su lado. Le conmovió descubrir que abría el armario donde guardaba sus vestidos. Y se imaginó a Jesús tomando a escondidas la túnica de María Magdalena mientras esta dormía, como si lo sagrado no fuera ese lugar más allá de la muerte donde todas las respuestas estaban dadas, sino la ropa de aquella mujer que le secaba los pies con sus cabellos. No, no era cierto que el amor fuera la posesión, el dominio del otro, sino la renuncia a esa posesión y a ese dominio. Ver aparecer un cuerpo inasible en medio de los besos y las caricias. Un cuerpo que te decía que había una parte de él que no podías tocar, que donde iba tú no podías seguirle por mucho que te empeñaras.

Pero Blanchard dejó de visitarla sin que mediara explicación. Le llamaba, pero no cogía el teléfono. Una tarde se encontró en San Vicente con la mujer que limpiaba su casa y le preguntó si estaba bien. Le dijo que se pasaba las horas encerrado en su estudio. Quiso saber si había vuelto a pintar, y ella le contestó que, a juzgar por el olor a disolventes de la casa, creía que sí. Y por fin una tarde se decidió a ir a Caviedes para visitarlo. Llovía copiosamente y sobre la carretera se formaban veloces corrientes de agua. Los campos verdes se extendían a un lado y otro como un mar interminable. Aparcó el coche frente al muro del jardín y, al ver la puerta abierta, entró sin llamar. La lluvia había cesado y el sol se asomó inesperadamente entre las nubes oscuras. Las gotas de lluvia que colgaban de las hojas brillaban como cuentas de cristal. Se oía *La flauta mágica*, la ópera de Mozart. La música provenía de arriba, y ascendió por la escalera hasta su estudio. Había un cuadro cubierto por una sábana, y a su lado, sobre la mesa, vio su caja de música, su zapato y las otras cosas que había echado de menos. También había fotografías de su hijo en cuya falta no había reparado, pues abrir los álbumes donde las guardaba era demasiado doloroso para ella. Y, al levantar la sábana del cuadro en el que estaba trabajando, vio que los había pintado a ella y a su hijo Daniel. A ella, tumbada en la cama, apenas cubierta con un leve camisón que se pegaba a su cuerpo; y al niño, de pie a su lado, mirándola fijamente. Formaba con sus manos un cuenco que mantenía extendido hacia ella y que contenía una sustancia blanca que goteaba hasta el suelo, donde había formado un pequeño charco. Y distribuidas en distintos lugares del cuadro estaban las cosas que le había robado. La cajita de música sobre la mesilla, el sujetador colgando del

respaldo de una silla, el zapato junto a la puerta. Sobre la cama, se veía un libro: *Corazón sencillo* de Gustave Flaubert. Tenía dibujado un loro en la portada.

Aquella escena ¿qué significaba? ¿La sustancia blanca era leche? En ese caso, ¿por qué su hijo se la estaba ofreciendo? Contempló largamente el rostro del niño. Había en él una expresión de abandono y dolor, y el parecido con su hijo era extraordinario. ¿Por qué Blanchard no le había hablado de lo que pensaba hacer, qué derecho tenía a irrumpir en un mundo que sólo a ella y a su hijo pertenecía? Era como esos vampiros que necesitan alimentarse de vidas ajenas para existir. Claudia sintió pasos por la escalera y, al volverse, vio a Blanchard en la puerta del estudio. La ira se apoderó de ella y, señalándole los objetos robados, le preguntó fuera de sí qué significaba aquello. Le había dado las llaves de su casa, depositando en él su confianza, y no sólo se había llevado sus cosas, forzándola a culpar sin razón a una mujer inocente, sino que se había servido de su dolor y sus recuerdos para componer uno de sus cuadros más morbosos. Ni ella ni su hijo eran dos ejemplares más de su galería de monstruos, le dijo. Habían sido inmensamente felices juntos, pero ¿acaso sabía él lo que era la felicidad? No, no lo sabía. Lo suyo era el culto a los seres deformes, a los que no eran amados ni sabían amar. El culto a todo lo condenado.

Claudia era como esas pájaras que aborrecen sus nidos si alguien los toca, y llevada por una ira incontenible le dijo a Blanchard que no quería volver a verle. Ya estaba en la puerta, cuando se volvió para pedirle que destruyera el cuadro. Si alguna vez has sentido algo por mí, exclamó con una mirada retadora, te suplico que te deshagas de él. No quiero que nadie lo vea jamás.

Pero Blanchard no lo destruyó. El cuadro estaba en la exposición del museo. Había otro semejante a su lado, que debió de pintar poco después. Se veía el mismo dormitorio y, diseminados por el suelo y la cama, la cajita de música, el sujetador, el zapato que le había robado. Daniel estaba sentado en el suelo y una mujer joven permanecía inmóvil frente a él, ajena a su

presencia. Un paño blanco cubría su cabeza y el niño tendía una de las manos hacia su rostro velado para acariciárselo, en lo que ella no parecía reparar. A un lado del cuadro, en un pequeño rótulo, podía leerse su título: *La muerte es el fracaso del amor.*

Esos cuadros, con los de la serie del niño y el perro, fueron los últimos que pintó Blanchard. Lo hizo en un tiempo muy corto teniendo en cuenta la lentitud con que solía trabajar, su obra apenas llega a los cincuenta cuadros catalogados. Ocho nuevas pinturas de gran formato, ejecutadas en apenas un mes, debieron suponer un esfuerzo extraordinario para su corazón gastado. No digo que fuera esa la causa del infarto masivo que acabó con su vida, pero sin duda influyó en que se produjera. Claudia recibió una tarde una llamada del hospital para decirle que Blanchard estaba muy grave y que les había pedido que fuera a visitarle. No se atrevió a ir sola y me pidió que la acompañara.

No he olvidado ese viaje. Claudia se había pintado los labios y llevaba dos pequeñas hojas de plata de pendientes. Vestía un pantalón pirata, un jersey de rayas blancas y azules y un bolso grande en bandolera. Nada parecía casual en la forma en que se había arreglado. Pensé en la afición al mar de Blanchard y me pregunté si aquel conjunto era una forma de decirle que no había olvidado sus visitas a los pescadores del puerto, las hojas de los árboles de su jardín, los encuentros silenciosos a la orilla del mar. ¿Las mujeres pensaban en la ropa que iban a llevar hasta cuando iban a un hospital a ver a un moribundo?

Llovía incesantemente y el agua caía con fuerza sobre los cristales dificultando la visión de la carretera. Unas vacas se habían amontonado bajo un techado, como excursionistas que se limitaran a sufrir pacientemente las inclemencias del tiempo. El agua hacía brillar el asfalto y los coches dejaban al pasar un rastro fugaz de gotas blancas. La vida era como esas gotas, un soplo, una hebra de luz que se perdía en la nada. ¿Deberíamos entristecernos por ello? En el borde de la carretera había una cruz adornada con flores de

plástico, que recordaba el lugar de un accidente. Por todos los lados estaba la muerte. Recordé algo que me había pasado tras mi enfermedad. Al llegar a casa e ir a encender la luz vi que no funcionaba. Y pensé que la muerte era algo tan simple como accionar el interruptor de la luz y que esta no se encendiera. Nos empeñábamos en seguir viviendo, pero ¿qué hacíamos en el mundo? Ver pasar inútilmente los días, construir quimeras, traicionar nuestros sueños, hacer sufrir a los que amábamos, levantar precarios refugios contra la desdicha. No había ninguna razón para desear que algo tan absurdo se prolongara más tiempo del necesario.

El estado de Blanchard era crítico y nos dijeron que todo dependía de su evolución en las veinticuatro horas siguientes. Claudia tuvo que ponerse para entrar a verle una bata verde, un gorro y unos patucos de papel. Ya en la puerta se volvió hacia mí y, señalándose aquellos atavíos, dijo con una sonrisa triste: No hay forma de dejar de hacer el ridículo en esta vida. Permaneció con Blanchard media hora y al salir me dijo que le había tendido la mano para que se la cogiera, y que habían permanecido así, con las manos juntas, hasta que se quedó dormido. Le había sorprendido la paz que había en él. Parecía plenamente consciente de su estado, como si supiera que se iba a morir y no le importara.

Fuimos a la cafetería del hospital. No habíamos comido, pero nada tenía allí buen aspecto. En aquel lugar tan cercano a la muerte nadie se ocupaba de hacer grata la vida a los demás. ¿Para qué molestarse si antes o después todos seguirían el camino de los que esperaban en las habitaciones de los pisos superiores? Ya en el coche, Claudia me contó que llevaba cerca de un mes sin ver a Blanchard y que le había conmovido que hubiera dado su teléfono a los médicos para que la llamaran. Se habían enfadado por una tontería y ahora se arrepentía de lo desagradable que había sido con él. Esperé a que continuara hablando, pero no volvió a abrir la boca durante el regreso.

Me llamó dos días después para anunciarme la muerte de Blanchard. Asistimos juntos al entierro, que fue en el cementerio gótico de Comillas, bajo

la mirada vacía del ángel de Josep Llimona. Se reunió un nutrido grupo de amigos, y uno de ellos evocó brevemente la figura de Blanchard. Dijo que hoy en día se estaba tentado de no ver más que la realidad social del hombre. Pero esto no era suficiente. Todos éramos, en mayor o menor medida, artificiales, falsificados, y nuestra obligación era rebelarnos contra ese destino de mediocridad para ser nosotros mismos. Blanchard había sido un realista encarnizado, y toda su obra fue una lucha para abrirse camino desde la irrealidad absurda en que vivíamos hasta esa verdad más honda que estaba en la base de nuestro ser.

Después del entierro, Claudia y yo bajamos al pueblo a tomar un café. Me dijo que no le habían gustado las palabras de aquel hombre en el cementerio. Y, mientras revolvía el azúcar, añadió: Me pregunto qué es ser uno mismo, qué significa eso. El arte sólo surge del miedo a que la vida no signifique nada. Claudia me pidió que la llevara a su casa. Pero al pasar junto a Gerra quiso bajar a la playa. Una luz tamizada por la niebla acariciaba la arena, de una blancura sobrenatural. Nos acercamos a las rocas y se puso a hablar de Blanchard. Me contó lo de los hurtos y cómo una tarde, visitando su casa, había descubierto casualmente el cuadro en el que estaba su hijo. También cómo, en medio de un ataque de histeria, le había pedido que lo destruyera. Me porté como una completa salvaje, murmuró con los ojos llenos de lágrimas. Le pregunté si había vuelto a verle y me dijo que no, hasta la visita del hospital. Blanchard apenas podía hablar y, tras pedirle que se acercara, le habló de su hijo Daniel y de un perro. Le dijo que estaban juntos, que no se preocupara. Pensó que estaba delirando.

No te soltaré hasta que me bendigas, así le habló Jacob al ángel con el que luchó. Deberíamos tener la posibilidad de lograr la bendición de los que amamos antes de perderlos para siempre. No supe recibirla de Claudia y es algo que no he dejado de lamentar. Me pregunto cómo me habría comportado si hubiera sabido que esa iba a ser la última vez que la vería. Porque fue justo eso lo que pasó.

La muerte de Blanchard tuvo lugar a finales de junio. Ya habían terminado las clases y sólo nos restaba hacer la evaluación final. Pero me llamaron de la residencia donde vivía mi padre para decirme que se había roto la cadera, y tuve que viajar esa misma mañana para estar con él. La recuperación de mi padre se prolongó más tiempo del esperado, y cuando regresé a San Vicente a mediados de agosto Claudia se había ido. Me había dejado una nota en el buzón de mi casa diciéndome que volvía a Madrid y que había pedido el traslado a otro instituto, por lo que al curso siguiente no estaríamos juntos. Creo que sin ti, sin nuestros paseos y tu libreta, escribía en esa nota, este *annus horribilis* habría sido el último de mi vida. ¿Quién me ayudará a elegir ahora, añadía, la ropa que me sienta bien? Y me dejaba un teléfono para que la llamara.

Pero pasó el verano sin que me decidiera a hacerlo. No sé por qué, tal vez porque esperaba que fuera ella quien lo hiciera. ¿No eran los que se iban los que debían llamar a los que se quedaban esperando? La imaginaba en alguna playa del sur, en compañía de Óscar, dejando pasar el tiempo. No sentía celos. Óscar pertenecía a otra especie, no me veía compitiendo con él.

A mediados de septiembre, recibí una llamada suya. La habían destinado a un instituto en Ibiza, al que tenía que incorporarse esa misma semana. Cuando tuviera casa me escribiría para darme la dirección, pues esperaba que fuera a verla. Mientras hablábamos por teléfono, oí ladridos en la casa. Claudia me dijo que tenía un perro. Lo había encontrado perdido en la calle y decidió adoptarlo tras buscar inútilmente a su dueño. Puede que fuera uno de esos perros que las familias abandonan porque no quieren que les estropeen las



vacaciones. Se llamaba *Thör* y era la criatura más fiel y cariñosa que había conocido nunca.

Claudia me escribió varias cartas desde Ibiza a lo largo de ese curso. Por una de ellas me enteré de que había conocido a un ingeniero danés, y que estaba viviendo con él. Paul, así se llamaba, estaba pasando un año sabático en la isla y se habían enamorado. Claudia partió con él a Copenhague al terminar el curso, y se casaron poco después. Desde entonces, solía escribirme un par de veces al año animándome a que fuera a visitarlos. Recuerda, me escribió en una carta de entonces, el poema que tanto le gustaba a la baronesa: «Debes dejar tu triste cantinela / por otra más alegre. / Nunca vendré por piedad, / siempre vendré por placer». La baronesa era Isak Dinesen, escritora que adoraba, y en esa misma carta Claudia me adjuntaba una fotografía de la visita que ella y su marido habían hecho a su casa, en las afueras de Copenhague. Isak Dinesen estaba enterrada en su jardín, bajo una inmensa haya, y Claudia y Paul posaban frente a la sencilla lápida que la recordaba. Claudia llevaba un vestido ligero de verano, y tumbado junto a la lápida estaba Thör, el perro que siempre llevaba con ella.

La fotografía permaneció olvidada en el cajón de mi mesa hasta que vi la exposición de Blanchard. Esa noche me levanté a buscarla pues de pronto me pareció que el perro que aparecía en los últimos cuadros de Blanchard se parecía al de la fotografía. En efecto, se trataba en los dos casos de un labrador de pelo negro. Y no sólo llevaban un collar semejante sino que ambos tenían una mancha blanca en el pecho. ¿Eran el mismo perro? Claudia me dijo que era un perro sin dueño, pero ¿dónde lo había encontrado?

No di más vueltas al asunto, y unos días después decidí escribirle a Claudia para hablarle de la exposición que acababa de ver. No podía ocultarle la existencia de unos cuadros, los últimos de Blanchard, donde ella y su hijo aparecían. Pero la exposición cerró sus puertas sin que Claudia diera señales de vida. Pasaron los meses y recibí una breve nota en que me confesaba haber viajado a Madrid tras leer mi carta, pero lo que vio en aquellas salas la

trastornó de tal forma que esa misma noche regresó a Copenhague sin ver ni siquiera a su familia. Me prometía volver a escribirme para contarme algo que me había ocultado y que ahora se daba cuenta de que tenía derecho a conocer.

Tuvieron que pasar varios meses antes de que recibiera esa nueva carta. Decir que su lectura cambió mi vida, no es del todo exacto. Desde entonces sólo soy un fantasma que trata de regresar inútilmente a los lugares donde fue feliz. Porque ¿acaso he sido feliz en algún lado? Un fantasma que sigue las huellas de otro fantasma, en eso me he convertido.

La carta dice así:

*Querido Gonzalo:*

*Perdona que haya tardado tanto en escribirte, pero en estos meses no he tenido tiempo ni ganas de nada. En agosto me detectaron un cáncer y desde entonces apenas he hecho otra cosa que luchar contra él. Ahora estoy un poco mejor. He terminado las últimas sesiones de quimioterapia y hasta dentro de un par de meses, en que me repitan las pruebas, me han dejado tranquila. El pobre Paul se desvive por atenderme. Es un marido maravilloso, y todos los días me digo la suerte que tuve al encontrarlo.*

*Pero no te escribo para hablarte de lo afortunada que soy en el amor ni para contarte mis penas, sino para contarte algo que creo que debes saber. Recibí tu carta e inmediatamente tomé el avión a Madrid para ver la exposición de la que me habías hablado. Iba a llamarte para que me acompañaras, pero preferí pasarme sola por el museo antes de hacerlo. Y me bastó con llegar a la última sala para saber que había hecho bien. Allí estaba, felizmente salvado, el cuadro que le había pedido a Eduardo que destruyera, y estaba la serie de Daniel con el perro. La impresión que recibí al verla fue tan fuerte que sólo la intervención de una de las vigilantas que acudió en mi ayuda sosteniéndome del brazo impidió que rodara por el suelo. Uno de los críticos se pregunta en el catálogo por la razón de que alguien que se había pasado diez años sin pintar dedicara los últimos días de su vida a pintar seis veces prácticamente el mismo*

*cuadro. Una serie, por lo demás, que es lo más extraordinario que pintaría nunca. Te he enviado alguna foto en que Paul y yo estamos con Thör, nuestro perro, y si la vuelves a ver te darás cuenta de que este se parece extraordinariamente al que se ve en los cuadros junto a Daniel: la misma raza, la misma mancha blanca en el pecho, el mismo collar de falsas piedras preciosas. Y si se parecen es porque se trata del mismo perro.*

*Verás, aquella tarde en que me derrumbé ante Eduardo pasó algo que nunca te dije. Al terminar de contarle lo de mi hijo, él trató de consolarme diciéndome que mi reacción de irme de casa con el niño, tras la discusión con mi marido, era lógica y que no debía sentirme culpable por ello. Permanecimos un rato en silencio y entonces Eduardo se volvió hacia mí y empezó a contarme una historia muy triste de su vida. Una de esas historias de culpas y arrepentimientos —así fue como lo dijo— por las que todos hemos pasado alguna vez. Era de un perro que le habían regalado a su mujer unos meses antes de su muerte. Cuando eran jóvenes, habían tenido otro que habían querido mucho. Su fin les dejó tan apenados que se prometieron no volver a meter en casa ningún otro animal. Fue un pacto que hicieron los dos. Pero pasó el tiempo, y un buen día su mujer se presentó con un cachorro que le había regalado una vecina. Por entonces apenas se hablaban. Eran como dos extraños viviendo en la misma casa, incluso llegaban a decirse las cosas por escrito, en notas que dejaban pegadas en el frigorífico o encima de las mesas. Alguien ha escrito que no hay peor infierno en esta tierra que el de una pareja que se lleva mal. Pero todas las parejas discuten, todas las parejas se pelean y lloran. Lo hacen porque no quieren madurar, porque no quieren dejar de ser los niños que fueron cuando se conocieron. Mas no son las llamas de ese pequeño infierno lo que deberíamos temer, sino su ausencia definitiva, ya que el verdadero infierno es el que no tiene llamas.*

*Eduardo ni siquiera protestó cuando su mujer se presentó con el cachorro, que desde el primer momento se apropió por completo de su voluntad. Comía a su lado bajo la mesa, se subía a la cama para dormir a sus pies, mordía muebles o zapatillas sin que le riñera. Pero los verdaderos problemas empezaron cuando el perro, al que Eduardo nunca había hecho nada, empezó a cogerle miedo. Gemía cuando él entraba en casa y corría a esconderse bajo los muebles. En algún caso, llegaba a orinarse si trataba de acercársele. Una tarde en que el perro salió corriendo del cuarto tras entrar él, su mujer le dijo con una sonrisa malvada: Ya lo ves, es el único que te conoce.*

*Su mujer amaneció un día muerta en el baño, y él se quedó solo con el animal. Trató de enseñarle a que se quedara en el jardín, donde tenía su caseta, pero el perro siempre se las arreglaba para colarse en la casa y deambular por las habitaciones. Iba incansablemente de un lado para otro, husmeando, en busca de su dueña. Por las noches lo sentía arañar la puerta y, cuando conseguía entrar, oía en la oscuridad sus pisadas por escaleras y cuartos. Y empezó a dejar sus excrementos por las habitaciones. Lo reñía, lo castigaba y era inútil, antes o después el perro volvía a las andadas. Conocía a uno del pueblo que tenía una huerta en las afueras y pensó en llevárselo, pero al imaginar los comentarios de los vecinos acerca de que se desembarazara del perro al poco de morir su esposa cambió de opinión. Una noche en que se levantó al baño, pisó uno de los excrementos y resbaló dándose un golpe en la espalda que le mantuvo dolorido cerca de quince días. Cuando por fin pudo volver a conducir, montó al perro en el coche y lo abandonó en el monte, a varios kilómetros de donde vivía.*

*Pero entonces apareció aquella niña. Era una vecina del pueblo y, cuando su esposa vivía, iba a menudo a verla para jugar con el perro. La niña se presentó en su casa y, cuando le preguntó por Thör, Eduardo le dijo que se había escapado. Y ella se le quedó mirando como si supiera*

*que le estaba mintiendo. A partir de entonces, siempre que se cruzaban por el pueblo le repetía esa mirada de reproche. Un día la sorprendió en su jardín. Parecía buscar algo entre las plantas y, al preguntarle qué buscaba, la niña le contestó que la tumba de Thör. Eduardo le dijo dulcemente que allí no había ninguna tumba y que si el perro no estaba en la casa era porque se había escapado, tal vez para buscar a su dueña a la que echaba de menos. Antes de irse, la niña se volvió hacia él y le preguntó con frialdad: ¿A que lo has matado tú?*

*Al entrar en casa Eduardo estaba temblando. Se detuvo ante uno de los espejos. Vio las bolsas que colgaban de sus ojos, la expresión de amargura que afilaba sus labios, las arrugas que surcaban su frente y pensó en aquella niña. Puede que su mujer le hubiera dicho que el perro le tenía miedo, puede que fuera la propia niña, los niños eran grandes observadores, quien al ver su indiferencia ante el animal hubiera llegado a la conclusión de que lo había matado. Pero, abandonarlo en el monte, ¿no era igual de indigno y atroz? Un viejo malvado que mataba a los perros y los enterraba en su jardín, ¿en eso se había convertido a los ojos de aquella niña? Decidió regresar al lugar donde había abandonado al perro para buscarlo. Se obsesionó con ello hasta el punto de que no podía hacer otra cosa. Iba cada tarde y recorría aquellos parajes sin darse nunca por vencido. Una vez, que descansaba tomando un café en El Pájaro Amarillo, un conocido le dijo que había visto a un perro labrador negro merodeando por la playa. Fue entonces cuando Eduardo empezó a ir al lugar de la ría que yo veía desde mi casa. Iba casi todas las tardes y buscaba al perro hasta que oscurecía. Era eso lo que significaba aquel merodear sin aparente sentido que yo observaba desde lo alto del acantilado. Me dijo que él también me espiaba, que había descubierto que vivía allí y que a menudo se quedaba esperando a que yo apareciera. Eduardo se volvió entonces hacia mí y mirándome fijamente me dijo lo*

raro que era que aquel acto absurdo y cruel de abandonar a su perro hubiera sido al final lo que le hubiera conducido hasta mí.

Le pregunté conmovida si se arrepentía de haber recorrido ese camino tan extraño, y me contestó que no. Empezamos a besarnos. Te he dicho que nunca nos acostamos, pero no es cierto. No quería hacerte sufrir, pues sabía que te habías enamorado de mí. Pero nos acostamos esa tarde, y volvimos a hacerlo en los días siguientes. ¿Puede el sufrimiento llevado hasta el extremo encerrar una felicidad inesperada? Esos días me pareció que sí, que el mal podía transformarse en bien y la desdicha en goce y alegría.

Pero espera, espera, no te impacientes. ¿Recuerdas que te conté que había encontrado a Thör en la calle? Y es cierto, pero lo que no te dije fue que eso sucedió en Trasvía, antes de mi regreso a Madrid, y que enseguida supe que aquel perro era el que Eduardo había abandonado, ya que llevaba un collar con su nombre. Thör me acompañó a Madrid, y, de allí, me lo llevé a Ibiza. Al casarme con Paul, se vino con nosotros a Dinamarca. No volví a pensar en lo extraño que era que el perro hubiera aparecido junto a mi casa al poco de morir Eduardo hasta que recibí el catálogo que me enviaste. Los cuadros que este había pintado al final de su vida me impresionaron de tal forma que tomé al momento el avión a Madrid para ver la exposición. Y, en efecto, allí estaba el cuadro que yo le había pedido que destruyera, que ahora vi con otros ojos, y estaba, sobre todo, la serie de Daniel con el perro. Eran seis cuadros en total. ¿Te acuerdas como se titulaban?: Plegaria 1, Plegaria 2, y así hasta seis. En el último Daniel y el perro estaban ante una casa situada en un lugar en todo semejante a aquel en que vivía yo en Trasvía, con sus prados verdes lamiendo el acantilado y el mar revuelto al fondo. Daniel llevaba una venda en la mano. En otra sala acababa de ver un cuadro juvenil de Eduardo titulado Cuando es de noche. Se veía en él a una familia sentada a la mesa. Y encima, sobre sus cabezas, una joven flotaba boca abajo en

*el aire. Todos tenían los ojos vendados, menos un niño que se había quitado la venda y miraba fijamente a la extraña muchacha. Aquella venda era la misma que llevaba Daniel en las manos en el cuadro que te acabo de describir y al fijarme en la casa supe que sólo podía ser la mía, pues en la ventana estaba colgada la jaula de las palomas que Eduardo me prestó. Recordé entonces lo que me dijo antes de morir: que Daniel y el perro estaban juntos y que no tenía que preocuparme.*

*Supe entonces que el perro que aparecía en aquellos cuadros era Thör, y que Eduardo en su delirio había llegado a creer que estaba con mi hijo. Eso explicaba la repetición obsesiva del tema, la presencia de unas figuras sin contornos ni bordes, la delicada superposición de capas de pintura que proporcionaban a la composición un aire de vaguedad y lejanía que la hacía parecer difuminada por el humo. Y explicaba el título de la serie. Aquellos cuadros habían sido para él como una plegaria, una invocación, una súplica con la que conseguir algo imposible, que Daniel, un niño muerto, encontrara al perro que él había abandonado y que lo llevara conmigo. Y así conseguir para los dos el perdón que buscábamos.*

*Te imagino removiéndote en la silla mientras te preguntas qué ha sido de aquella mujer tan prudente que conociste una mañana en el instituto de tu pueblo. Pero no, no he perdido la cabeza. Nada me molesta más que esos charlatanes que dicen ver caras en las paredes, oír respirar a los muertos o que pretenden adivinar qué va a ser de su vida escrutando los posos del café. Pero ¿por qué Thör apareció en la puerta de mi casa tras la muerte de Eduardo? Es verdad que allí estaba el olor de su amo, de sus ropas, el rastro de los paseos que dimos juntos, y que bien podía haberse acercado atraído por ese olor. Pero ¿por qué una vez que dio conmigo no quería separarse de mí? Aún hay otra cosa y te ruego que no te rías cuando te la cuente. Una tarde Thör no salió a recibirme al regresar a casa. Estaba debajo de la cama, junto a la maleta en la que*

*había guardado cosas de Daniel: ropa, fotografías, alguno de sus juguetes, sus cuadernos y libros. Hice varias pruebas. Cambiaba la maleta de sitio y él la buscaba para tumbarse a su lado. No había conocido a Daniel y seguía el rastro que había dejado en sus cosas. Sí, ya lo sé, esto no tiene explicación y lo que sugiero es un completo disparate. Mas la pregunta es entonces por qué necesitamos creer en historias así. Historias de brazos que viven solos, de cuerpos que brillan en la oscuridad, de pastores que descienden al reino de la muerte para recuperar a la muchacha que aman, de niños muertos que hablan con los animales. No hablo de si estas historias son razonables o no, sino de la belleza que nace de crearlas posibles. Estoy hablando de los cuadros que Eduardo pintó.*

*Mientras te escribo esto veo a Thör tumbado en la alfombra. Es ya muy viejo y apenas puede moverse, pero no deja de seguirme adonde quiera que voy. Cuando estamos solos, le hablo como si pudiera entenderme. ¿A que fue Daniel quien te trajo conmigo?, le digo con una sonrisa triste. Y me acuerdo de la noche en que decidí marcharme de casa tras aquella discusión tan dolorosa con mi marido. Daniel estaba dormido y, al entrar en el cuarto, me pareció tan guapo, tan inocente, que estuve tentada de dejarle que siguiera durmiendo y de regresar en su busca cuando amaneciera. Pero ¿por qué lo levanté de la cama y medio dormido, aún en pijama, lo llevé al coche en el que habría de morir? Eduardo me dijo que cualquier mujer habría hecho lo mismo y que no debía sentirme culpable. Y creo que es verdad. Fue el amor el que me llevó hasta él y, tras tomarlo en los brazos, me hizo decirle dulcemente al oído que se despertara, que teníamos que irnos de aquella casa. ¿Cómo iba a dejarle en un lugar donde éramos tan desgraciados? Ninguna mujer quiere abandonar lo que la vuelve hermosa. Maldito amor que nos hace creer que lo que amamos nos pertenece. Maldito amor que nos oculta que*



*cuanto más verdadera e intensa es la felicidad que sentimos mayor será el peso de la vergüenza y la culpa que nos espera.*

*Hablar con un perro viejo tumbado en la alfombra, ¿es entonces el único consuelo que nos queda?*

*Te quiere*

CLAUDIA

## Nota del autor

María Blanchard fue una pintora cántabra que participó activamente en las vanguardias de principios de siglo. Todo lo que se cuenta de ella en la novela es cierto y procede de los textos que Carmen Bernárdez dedicó a su vida y a su obra. Eduardo Blanchard es, sin embargo, un personaje enteramente de ficción, solo real por tanto en mi fantasía.

Los pasajes sobre la humillación están tomados de *Pasión*, la película de Ingmar Bergman. También la idea de que el artista es como un niño y que como un niño quiere ser escuchado.

«La vida sólo es una sucesión de suicidios, divorcios, promesas incumplidas, niños malogrados», se dice en algún momento del libro. Es un homenaje a *Love Stream*, la última película de John Cassavetes.

El poema de la muchacha alta que corre por los senderos es de Antonio Ferrer.

Las líneas que cierran la novela se inspiran en esta frase de *Edipo rey*: «Su antigua felicidad fue en su momento verdadera. Ahora no es más que culpa, muerte, vergüenza, de todos los males que tienen nombre, ninguno falta».

*La rama que no existe*  
Gustavo Martín Garzo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Gustavo Martín Garzo, 2019

© de la imagen de la cubierta, José Luis Mazarío

© Editorial Planeta, S. A. (2019)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-233-5558-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

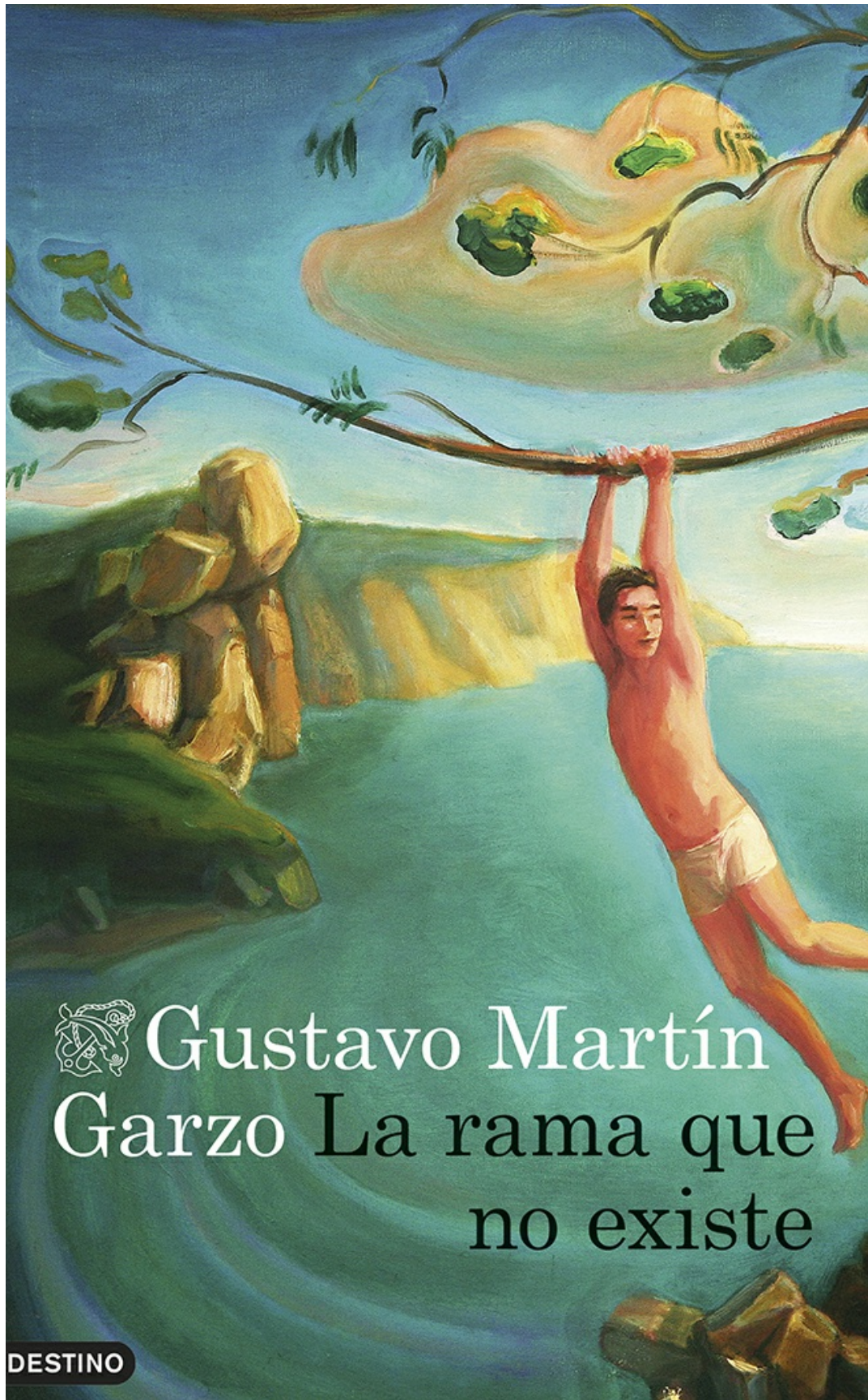
---



¡Síguenos en redes sociales!







 Gustavo Martín  
Garzo La rama que  
no existe

DESTINO